



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

por

JULIO VERNE.

Yarhud, á pesar de su sangre fría, no pudo ménos de experimentar una viva emoción. ¿No era aquella una ocasión que se presentaba para efectuar el rapto? El tiempo pasaba, y el Sr. Keraban podía llegar de un momento á otro. Nada probaba, por otra parte, que antes de efectuar aquel insensato viaje al rededor del mar Negro, no quisiese celebrar en el más breve plazo el casamiento de Anasia y Almet. Porque Anasia, ya mujer de Almet, no sería la joven que aguardaba el palacio de Saffar.

Si el capitán Yarhud se sintió completamente impelido á dar algún golpe de mano por la fuerza. En su naturaleza brutal, no conocía ninguna otra salida. Además, las circunstancias eran propicias, el viento favorable para salir del paso. La embarcación estaba en plena mar ántes de que se hubiese pensado en perseguirla en el caso en que la desaparición de la joven fuese notada al momento. Verdaderamente, si Almet hubiese estado ausente, y Anasia y Ned-

jeb solas hubiesen ido á visitar á la *Guidare*, Yarhud no hubiera vacilado en aparejar y hacerse á la mar; en el momento en que las jóvenes, sin desconfiar de nada, hubieran formado parte del cargamento; hubiese sido fácil aprisionarlas en el entropuerto, y abogar sus gritos hasta salir de la bahía. Pero Almet presente era más difícil, más no imposible. En cuanto á desembarazarse del joven, por enérgico que fuese, hasta le mataría en caso necesario, lo cual no asustaba al capitán de la *Guidare*. Ese crimen se cargaría en cuenta y el rapto se pagaría á más elevado precio por el Sr. Saffar; hé aquí todo.

Yarhud aguardaba en las escaleras de la terraza, reflexionando el partido que había que tomar, una vez que Almet y sus compañeras se hubiesen embarcado en el bote de la *Guidare*. El ligero barquichuelo se balanceaba graciosamente sobre las aguas, ligeramente movidas por la brisa, á ménos distancia de un cable.

Ahmet, que estaba en el último escalon, había dejado á Amasia colocarse en el banco de popa del barquichuelo, cuando la puerta de la galería se abrió.

Después, un hombre, de edad de cincuenta años lo más, cuyo traje turco se aproximaba al europeo, entró precipitadamente gritando:

— ¡Amasia!... Ahmet!

— Era el banquero Selim, padre de la jóven, y corresponsal y amigo del Sr. Keraban.

— ¡Hija mía!... Ahmet! — repitió Selim.

Amasia, tomando la mano que la tendía Ahmet, desembarcó y se dirigió á la terraza.

— Padre mío, ¿qué hay? — preguntó ella. ¿Qué motivo os trae tan de prisa en la ciudad?



Amasia no cesaba de admirar aquellas magníficas telas.

— ¡Una gran noticia!

— ¿Buena?..... — preguntó Ahmet.

— ¡Excelente! — respondió Selim. Un correo, enviado por mi amigo Keraban, acaba de presentarse en mi despacho.

— ¿Es posible? — exclamó Nedjeb.

— Un correo que anuncia su llegada — respondió Selim — y que no le precede más que algunos instantes.

— ¡Mi tío Keraban! — repitió Ahmet.... — ¿mi tío Keraban no se halla en Constantinopla?

— No, supuesto que le aguardo aquí.

Felizmente para el capitán de la *Guidare*, nadie

vió el gesto de cólera que no pudo evitar. La llegada inmediata del tío de Ahmet era la más grave eventualidad que pudo suceder para el cumplimiento de sus proyectos.

— ¡Ah, qué bueno es el Sr. Keraban! — exclamó Nedjeb.

— Pero ¿para qué viene? — preguntó la jóven.

— ¡Para nuestro matrimonio, querida señora! — respondió Nedjeb. Si no, ¿qué vendría á hacer en Odessa?

— Eso debe ser — dijo Selim.

— ¡Así lo creo! — respondió Ahmet.

Sin ese motivo, ¿cómo hubiera abandonado Cons-

tantinopla? ¡ Si habrá cambiado de opinión mi digno tío! ¡ Ha dejado su despacho, sus negocios bruscamente sin prevenir á nadie!.... ¡ Es una sorpresa que ha querido darnos!

— ¡ Cómo va á ser recibido! — exclamó Nedjeb — ¡ y qué buena acogida le espera!

— ¡ Y su correo no os ha dicho nada de lo que le trae por aquí? — preguntó Amasia.

— Nada — respondió Selim. — Este hombre ha tomado un caballo en la casa de postas de Majaki, donde el coche de mi amigo Keraban se habrá detenido para relevar. Ha llegado al despacho con el fin de anunciarme que vendría directamente aquí, sin detenerse en Odessa, y por consecuencia ya estará cerca!

Tanto el amigo Keraban para el amigo Selim, como el tío Keraban para Amasia y Ahmet, y el señor



Buenos días, amigo Selim.

Keraban para Nedjeb, fué « por contumacia » saludado en aquel momento con las más amables calificaciones. Aquella llegada suponía la celebración del matrimonio en breve plazo. ¡ Era la felicidad de los desposados! La unión tan deseada no aguardaba más que el plazo fatal para efectuarse. ¡ Ah! ¡ si el señor Keraban era el más testarudo, también era el mejor de los hombres!

Yahud, impassible, asistía á toda aquella escena de familia. Sin embargo, no había mandado retirar el bote: deseaba saber á punto fijo los proyectos del Sr. Keraban. ¿ Temía que éste quisiese celebrar el ma-

trimonio de Amasia y Ahmet, ántes de continuar su viaje al rededor del mar Negro?

En aquel momento voces, entre las que dominaba una más imperiosa que todas, se oyeron dentro. La puerta se abrió, y seguido de Van Mitten, Bruno y Nizib, apareció el Sr. Keraban.

X.

EN EL CUAL AHMET TOMA UNA ENÉRGICA RESOLUCION APOYADA POR LAS CIRCUNSTANCIAS.

— ¡ Buenos días, amigo Selim, buenos días! ¡ Que Allah te proteja á ti y á toda tu casa!

Dicho esto, el Sr. Keraban apretó fuertemente la mano de su corresponsal de Odessa.

— ¡ Buenos días , sobrino Ahmet !

Y el Sr. Keraban opinó contra su pecho, en un vigoroso abrazo, á su sobrino Ahmet.

— ¡ Buenos días , mi pequeña Amasia !

Y el Sr. Keraban besó en las dos mejillas á la joven que iba á ser su sobrina.

Todo esto fué ejecutado con tal rapidez, que nadie tuvo tiempo de responderle.

¡ Y ahora, hasta la vista y en marcha ! — añadió el Sr. Keraban volviéndose hácia Van Mitten.

El flamático holandés, que no había sido presentado, parecía con su imposible figura, un extraño personaje, evocado en la escena capital de un drama.

Todos, al ver al Sr. Keraban distribuir con tanta prodigalidad abrazos y besos, no dudaban que venía para efectuar el matrimonio; pero cuando oyeron exclamar: « ¡ en marcha ! » quedaron sonidos en la más profunda admiración.

Ahmet fué el primero que intervino diciendo:

— ¡ Cómo en marcha !

— Sí; en marcha, sobrino mío!

— ¿ Vais á partir, tío ?

— ¡ Al momento !

Nueva admiración general, mientras que Van Mitten decía al oído de Bruno:

— ¡ Verdaderamente que esta manera de obrar sienta bien en el carácter de mi amigo Keraban.

— ¡ Muy bien ! — respondió Bruno.

Sin embargo, Amasia miraba á Ahmet: éste á Selim, mientras que Nedjeb no tenía ojos para mirar á aquel inverosímil tío, un hombre capaz de partir ántes de haber llegado.

— Vamos, Van Mitten — repuso el Sr. Keraban — dirigiéndose á la puerta.

— ¿ Señor, me diréis?... — dijo Ahmet á Van Mitten.

— ¿ Qué podría yo decirlos ? — replicó el holandés, que marchaba ya detrás de su amigo.

Pero el Sr. Keraban, en el momento de ir á salir, se detuvo, y dirigiéndose al banquero Selim, le dijo:

— Á propósito, amigo Selim, ¿ me cambiaréis algunos miles de piastras en rublos ?

— ¿ Algunos miles de piastras?... — respondió Selim, que trataba de comprender.

— Sí, Selim.... plata rusa, de la que tengo necesidad para mi paso por el territorio moscovita.

— Pero, tío, ¿ me diréis al fin?... — exclamó Ahmet, al cual se acercó también la joven.

— ¿ Con qué tasa se estaba hoy ? — preguntó el Sr. Keraban.

— Tres y medio por ciento — respondió Selim, que en su calidad de banquero, no titubeó en contestar en seguida.

— ¡ Cómo ! ¿ tres y medio ?

— ¡ Los rublos han subido ! — respondió Selim — en el despacho se piden hoy á....

— Vamos, amigo Selim, para mí ya será tres y cuarto solamente. ¡ Ois !.... ¡ Tres y cuarto !

— ¡ Para vos, sí !.... para vos.... amigo Keraban, y aun sin ninguna comisión.

El banquero Selim no sabía evidentemente ni lo que hacía ni lo que decía.

Se nos olvidaba decir que, desde el interior de la galería, donde permanecía separado, Yarlud observaba toda aquella escena con extremada atención. ¿ Qué había allí de favorable ó de perjudicial para sus proyectos ?

En este momento, Ahmet cogió á su tío por los brazos; le derivó en el dintel de la puerta, que iba á franquear, y le obligó, no sin resistencia, dado el carácter del tataro, á volver sobre sus pasos.

— Tío — le dijo — nos habeis abrazado en el momento en que llegabais....

— ¡ No, no, sobrino ! — respondió Keraban, en el momento en que iba á partir.

— ¡ Sea, tío !.... no quiero contrariaros.... Pero al menos, decid, ¿ por qué habeis venido á Odessa ?

— Yo no he venido — respondió Keraban — más que porque Odessa se hallaba en mi camino. Si Odessa no se hubiera hallado en mi camino, no hubiera venido aquí. ¿ No es verdad, Van Mitten ?

El holandés se contentó con hacer una señal afirmativa, bajando lentamente la cabeza.

— ¡ Ah ! no habeis sido presentado, y es necesario que os presente — dijo el Sr. Keraban.

Y dirigiéndose á Selim, le dijo:

— Mi amigo Van Mitten, corresponsal de Rotterdam, al cual he convidado á comer en Scutari.

— ¡ En Scutari ! — exclamó el banquero.

— ¡ Así parece ! — dijo Van Mitten.

— Y su criado Bruno — añadió Keraban — un buen servidor, que me ha querido separarse de su amo.

— ¡ Así parece ! — respondió Bruno, como un eco fiel.

— ¡ Y ahora, en marcha !

Ahmet intervino de nuevo:

— Sea, tío — dijo — creed que nadie desea contrariaros.... Pero si no habeis venido á Odessa más que porque Odessa está en vuestro camino, ¿ qué camino queréis seguir para ir de Constantinopla á Scutari ?

— ¡ El camino que da la vuelta al mar Negro !

— ¡ La vuelta al mar Negro ! — exclamó Ahmet.

Hubo un instante de silencio.

— ¡ Y qué ! — repuso Keraban — ¿ qué hay de extraño, de extraordinario, que me vaya de Constantinopla á Scutari dando la vuelta al mar Negro ?

El banquero Selim y Ahmet se miraron.

¿ Estaría loco el rico negociante de Galata ?

— Amigo Keraban — dijo Selim — nosotros no podemos en contrariaros....

Esta era la frase habitual con la cual se contentaba prudentemente toda conversacion con el referido personaje.

— Nosotros no queremos contrariaros; pero me parece que para ir directamente de Constantinopla á Scutari, no hay más que atravesar el Bósforo.

— ¡ Ya no hay Bósforo !

— ¿ Que no hay Bósforo?... — repitió Ahmet.

— ¡ Para mí al menos ! No, le hay nada más que para los que se someten á pagar un impuesto inapreciable, un impuesto de diez paras por persona, un impuesto

con el que el Gobierno de los nuevos turcos acaba de marcar aquellas aguas, libres de todo derecho hasta el día.

— ¡Qué!.... un nuevo impuesto — exclamó Ahmet, que comprendió en un instante en qué aventura se había metido su testarudo tío.

— Si — repuso el Sr. Keraban animándose más. — En el momento en que iba á embarcarme en mi ca-

que.... para ir á comer á Scutari.... con mi amigo Van Mitten, este impuesto de diez paras acababa de establecerse.... ; Naturalmente, yo le rehusado pagar!.... ; Han rehusado el dejarme pasar! Yo he dicho que sabría ir á Scutari sin atravesar el Bósforo!.... ; Me han respondido que no podía ser! ; He respondido que sería! ; Y será! ; Por Allah, ántes me cortaría la mano que llevarla al bolsillo para sa-



¿Señor, me diréis?... dijo Ahmet.

car esos diez paras! ; No, por Mahoma, por Mahoma; no comen á Keraban!

Evidentemente no conocían á Keraban. Pero su amigo Selim, su sobrino Ahmet, Van Mitten y Amasia le conocían, y vieron que después de lo que había pasado, sería imposible hacerle cambiar de resolución. No había que discutir (lo que hubiera complicado más las cosas) y era necesario aceptar la situación. Se impuso ésta de tal manera, que, de común acuerdo y sin previo intento, todos convinieron en ello.

— ¡Después de todo, tío, tenéis razón! — dijo Ahmet.

— ¡Absolutamente razón! — añadió Selim.

— ¡Siempre la tengo! — respondió Keraban.

— Es preciso resistir á las pretensiones inicuas — repuso Ahmet — resistir, áun cuando os costara la fortuna....

— ¡Y la vida! — añadió Keraban.

— Habéis hecho bien en rehusar el pago de ese impuesto, y demostrar que sabréis ir de Constantinopla á Scutari, sin atravesar el Bósforo....

— Y sin desembolsar diez paras — añadió Keraban — aunque me debiese costar quinientas mil.

— Pero ¿no tendréis prisa para marchar, supongo yo?... — preguntó Ahmet.

—Tengo mucha prisa, sobrino — respondió Keraban. — Es necesario, tú sabes por qué, que yo esté de vuelta dentro de seis semanas!

— Bien, mi querido tío; ¿pero podréis estar ocho días en Odessa?.....

— Ni cinco, ni cuatro, ni uno — respondió Keraban — ni aun una hora!

Ahmet, viendo que la natural terquedad se iba apoderando de su tío, hizo una señal á Amasia para que interviniese.

— ¿Y nuestro matrimonio, Sr. Keraban? — dijo joven cogiéndole de la mano.

— Tu casamiento, Amasia — respondió Keraban, — no se retrasará de ninguna manera. Es necesario que se efectúe antes de finalizar el próximo mes!..... ¡Y lo será!..... Mi viaje no le retrasará ni un solo día..... con la condición de que yo parta sin perder un instante!

— De este modo caía por su base el cúmulo de esperanzas que todos habían concebido con la llegada del Sr. Keraban. El matrimonio no tendría lugar entonces; pero tampoco se retrasaría, decía él. ¿Pero quién podía responder de ello? ¿Cómo prever las eventualidades de un viaje tan largo y peligroso hecho en aquellas condiciones?

Ahmet no pudo contener un movimiento de despecho, que felizmente no vió su tío; tampoco apercibió la nube que oscurecía la frente de Amasia; y no oyó á Nedjeb murmurar:

— ¡Ah, infame tío!

— Por otra parte — añadió éste con el acento de un hombre que hace una proposición, á la cual no hay objeción posible; por otra parte, empujo con que Ahmet me acompañe.

— ¡Diablo, hé aquí una estocada difícil de parar! — dijo á media voz Van Mitten.

— ¡No la parará! — respondió Bruno.

Ahmet efectivamente había recibido aquel golpe en el corazón. Amasia, vivamente conmovida por la partida de su futuro, permanecía inmóvil cerca de Nedjeb, que hubiera arrancado los ojos al Sr. Keraban.

En el interior de la galería, el capitán de la *Galathea* no perdía ni una sola palabra de aquella conversación. Ésta iba tomando proporciones favorables á sus proyectos.

Selim, aunque tuviese poca esperanza en modificar la resolución de su amigo, por lo ménos creyó intervenir, diciendo:

— ¿Es muy necesario, Keraban, que vuestro sobrino os acompañe en vuestro viaje al rededor del mar Negro?

— ¡Necesario, no! — respondió Keraban; — pero me figuro que Ahmet no titubeará en acompañarme.

— ¡Sin embargo! — replicó Selim.

— ¿Sin embargo, qué? — respondió el tío — en sus diálogos se apretaron, indicando que no admitía discusión.

Un minuto de silencio, que parecía interminable, siguió á la última palabra pronunciada por el señor Keraban. Pero Ahmet había tomado su resolución. Hablaba bajo con la joven. Y la juicia comprender

que el disgusto que habían de experimentar los dos, valía mucho más no experimentarlo; que sin él, aquel viaje podría tener tardanzas de todos géneros, y que con él, por el contrario, el viaje se efectuaría rápidamente; con perfecto conocimiento de la lengua rusa, no perderían ni un día, ni una hora; que habría obligar á su tío á forzar las marchas aunque le costase el triple; y que, en fin, ántes de últimos del próximo mes, es decir, ántes del plazo en que Amasia debía casarse si quería conservar el interés de la considerable fortuna de su tío, él llevaría á Keraban á la orilla izquierda del Bósforo.

Amasia no tenía fuerzas suficientes para decir que sí; pero comprendía que era el mejor partido que había que tomar.

— ¡Está bien; queda convenido, tío! — dijo Ahmet. — Os acompañare, puesto que estoy dispuesto á partir, pero.....

— ¡Oh, nada de condiciones, sobrino!

— Sea sin condiciones — respondió Ahmet. Y mentalmente añadió: — ¡Yo te haré correr aunque tengas que echar el pulmón, ¡oh, eres el más testarudo de los tios!

— En marcha, pues, — dijo Keraban.

Y volviéndose hacia Selim, le dijo:

— ¿Los rublos en cambio de mis piastras?.....

— Yo os los daré en Odessa, donde voy á acompañaros — respondió Selim.

— ¿Estáis pronto, Van Mitten? — preguntó Keraban.

— Siempre estoy dispuesto.

— Ahora, Ahmet, abraza á tu novia; abrázala bien y vamos.

Ahmet tenía entre sus brazos á la joven. Ésta no podía contener las lágrimas.

— ¡Ahmet, mi querido Ahmet!..... — repetía.

— ¡No llores, querida Amasia! — decía Ahmet. —

¡Si nuestro matrimonio no se ha efectuado ahora, tampoco se retrasará, os lo prometo!..... ¡No son más que algunas semanas de ausencia!

— ¡Ah, querida señora — dijo Nedjeb — si el señor Keraban se rompiese una pierna ó dos ántes de salir de aquí! ¿Queréis que me ocupe de eso?

Ahmet ordenó á la joven afgana que permaneciese tranquila, é hizo bien. Verdaderamente, Nedjeb era mujer capaz de todo con tal de detener á aquel intratable tío.

Las despedidas y los últimos abrazos se cambiaron. Todos estaban conmovidos. Al holandés parecía que se le oprimía el corazón. Solamente el señor Keraban no veía ó no quería ver el enternecimiento general.

— ¿Está el carruaje dispuesto? — preguntó á Nizib que entraba en aquel momento en la galería.

— El carruaje está dispuesto — respondió Nizib.

— ¡En marcha! — dijo Keraban. — ¡Ah, modernos otomanos, que os vestís á la europea! ¡Ah, señores nuevos turcos, que no sabéis ni aun estar golfosos!.....

Había allí evidentemente una imperdonable alocución á los ojos del señor Keraban.

(Se continuará.)

LA REINA DE LOS LAGOS

LEYENDA DEL VALLE MEJICANO

POR EL CAPITAN MAYNE REID.

Después de lo que la había sucedido, era natural que temiese verle en todas partes. Convencido de esto, di media vuelta y me fué al sitio en que la había dejado.

Durante este corto intervalo, ella bailó con varios, que no sé quiénes eran, preocupado como estaba en buscar el *Guapo*, y sólo miraba para contemplar sus movimientos y admirarlos. ¡Ninguna podía compararse en gracia y hermosura!

Cuando al fin pude conseguir bailar con ella un wals, no temía que mi bella chinampera se me escapase y cayese. No era el wals de otros tiempos que se baila ahora con sus descarados saltos y bríncos, sino el circular antiguo, al que Byron llama con sublime entusiasmo la poesía del movimiento, y que entonces bailaban mucho en Méjico y otros puntos del Occidente.

No necesité dar siquiera media vuelta para convencerme que llevaba en mis brazos una verdadera sultana, cuyos ágiles movimientos, cuyas dulces y serpentina ondulaciones me hacían creer que bailaba con la Cerito o la Tagliani.

Cuando paró la música y cesó el wals, la ofrecí el brazo, y nos fuimos á pasear fuera de allí. Me importaba poco lo que la sociedad pudiera decir, ya era tarde para pensar eso; me hubiera paseado con ella á la luz del mundo, sin temer sus burlas y murmuraciones.

No podía figurarse más sino que nos queríamos, y así era la verdad, que había entre nosotros una inteligencia que en efecto quedó perfectamente establecida pocos momentos después, y con esta intención, y para poderla hablar sin que las miradas curiosas nos molestasen, fué por lo que la llevé á un sitio donde había menos gente; deseo expresado por ambos, si no con palabras, de un modo más elocuente aun.

Sólos casi estuvimos con la hermosa claridad de la luna, aparte del bullicioso ruido, lejos de oídos y mirada importunos, con la casta luna y pura nieve del Popocatepec y de la Mujer Blanca; y allí, en aquella *Noche-Buena*, cambiámos palabras y promesas que no debían romperse nunca.

CAPÍTULO XXIV.

LA CENA.

Era todavía muy temprano cuando terminó el baile. Los americanos no son generalmente aficionados á largas jornadas por la noche. Su hermoso clima, siempre ventoso, hace que la mayor parte de sus di-

versiones tengan lugar por las tardes, al aire libre, y al llegar la noche ya están cansados.

Aquella, por ser Noche-Buena, todavía se terminaba más temprano, puesto que faltaba la cena, y después, á las doce, seguía la Misa del Gallo, así llamada desde los tiempos en que, no habiendo relojes, el canto del gallo era la señal para empezar la ceremonia. Casi toda la gente se fué á cenar á sus casas; muchos de ellos, los que vivían cerca, con intención de volver á la misa de la capilla, y aun los que estaban algo más retirados no temían algunas leguas de distancia, que eran casi otra diversion más, puesto que allí hombres y mujeres montan bien y hacen galopar sus caballos de un modo admirable. Sólo entramos en la casa los convidados, que éramos muy bastantes, puesto que llenamos por completo las muchas mesas que hasta en los más pequeños rincones habían colocado en el gran comedor. Yo no entré con los primeros, sino algunos minutos después, que dediqué á una tierna despedida. Porque Loretta y su hermano se iban á su flotante chinampa para no volver más aquella noche.

Su camino era por San Isidro, que distaba una media legua de allí, y después por el *acaloté* que Crittenden y yo habíamos pasado al volver á la ciudad.

Teníamos que arreglar dónde y cómo nos veríamos la primera vez. Después, las manos juntas, los labios en contacto, tuvimos que pronunciar la triste palabra *adiós*, que era, sin embargo, precisa.... y se fué con su hermano, que iba un poco delante, mientras yo volvía á reunirme con la mucha y alegre gente que había ya en la mesa.

¡Magnífica cena por cierto! con todo lo mejor y más selecto que podía conseguirse en Méjico, donde se comen casi todos los productos de la tierra. Caza de todas clases, frutas deliciosas, vinos de ambos mundos, helados con los terrones cristalizados de las sierras nevadas.

Una reunión muy alegre, compuesta de personas todas dispuestas á divertirse y cenar ahora, sin perjuicio de ir después á oír su misa de rodillas en el suelo de la iglesia, rezando devotamente sus Padrenuestros.

Por el momento estábamos en todo el apogeo de la fiesta, y reinaba en todo su esplendor el espíritu del desorden y la algarazara, arrojando de un extremo á otro de la mesa pequeñas galletas y otras golosinas, todo ello sazonado con agudos chistes y sonoras carecajadas.

Y sin embargo, yo, que debía estar más alegre

que nadie, yo que acababa de oír una confesión que me hacía dueño del corazón de la mujer que más había deseado, ¡yo no era dichoso! Sentía un peso en mi alma, que ni la alegría general, ni la espuma del *champagne*, ni todos mis esfuerzos para animarme podían disipar. Por más que hacía para explicarme el motivo de mi tristeza, no podía comprenderlo. No era seguramente la causa el pequeño disgusto de doña Ignacia, que duraba todavía, como pude ver por el empeño que formaba en evitarme. No me ocupaba ya de ella, por lo menos no la bastante para poder atribuir á esto la tristeza que se apoderaba de mí por instantes con la tenacidad de una horrible pesadilla. ¿Cuál podía ser la causa? Pasó mucho tiempo sin poder encontrar el enigma; únicamente me parecía ver, sin adivinar dónde, una desgracia inminente.

Al fin fué tomando cuerpo el fantasma, y era bien horrible por cierto. Mientras la hora de felicidad que siguió al vals no pensé en la circunstancia que le había precedido, ni volví á acordarme del hombre que ella había visto y en el que dijo reconocer al bribón que la inquietó en el canal.

Todo aquello había desaparecido por completo de mi imaginación, lo cual no era de extrañar en aquellos momentos de suprema dicha para mí. Ahora lo recordé con una pena tan grande que casi me hizo gritar. Esta era la negra nube que cubría el horizonte y que ahora se despejaba ante mis ojos. ¡Ella, mi prometida, estaba en peligro! Así lo creía yo al menos.

Las señoras se habían retirado á cambiar sus trajes por otros más propios de la ceremonia que iba á tener lugar.

Crittenden, que hasta entonces había estado ocupado en otra parte, vino donde yo estaba, y sentándose á mi lado, me dijo:

—¿Ha visto V. hoy á alguien que le haya recordado un antiguo amigo?

No me hizo gracia la pregunta, temiendo que se refiriese á la *chínampera*, y que iba á empezar con bromas para las que no estaba muy de humor en aquel momento.

Me pareció, sin embargo, el mejor medio de cortar sus indirectas al contestar de una manera franca y decidida, y sin demostrar el menor enfado, le contesté:

—¡Ya lo creo! y si sus ojos de V. no hubieran estado ciegos por el brillo de otra belleza, hubiera usted podido ver que no solamente la he encontrado, sino que he bailado con ella.

—¡Oh, V. habla de la joven india!

—¿Pues de quién habla V.?—le preguntó.

—Del pícaro que nos engañó en las *chínampas*, del pescador que nos dejó sin bote y que debía tener para nosotros tan buenas intenciones.

—¡Santo Dios!—exclamé levantándome.—¿Le ha visto V. aquí hoy, Crittenden?

—Él, ó su sombra; aunque si era su sombra tenía mejor gusto para vestirse que el individuo que nosotros conocemos; puesto que el que yo he visto aquí no iba hecho jirones, sino que al contrario, sin reparar en el gasto, tenía un precioso traje de pana

azul, y en sus hombros lucía un magnífico sashé. A pesar de esto, estoy seguro que era nuestro hombre.

—Pero ¿cómo no se apoderó V. de él? Tenemos motivos suficientes para arrestarlo, y por lo que hizo con nosotros bien merecía ser fusilado. ¿Qué le impidió á V. echarle mano?

—No la falta de gana, puede V. estar seguro, sino de oportunidad. En primer lugar, no estaba completamente seguro de que fuese él, y cuando ya me convencí, era tarde. Le busqué por todas partes con el sargento y el corneta; pero no volví á ver el traje de pana azul. Así yo creo que vió que le había reconocido y dejó la Soledad.

Lo que hasta aquí había sido sólo un presentimiento se convirtió en una convicción tan segura, que ya me explicaba perfectamente todos mis temores. Siendo el *Pabido* el que Crittenden había visto, y ahora lo creía seguro, el *Guapo* debía estar allí también, puesto que no había la menor duda de que los dos eran dignos compañeros, y saltadores de la misma partida.

—¿Y dónde vamos ahora? ¿Dónde está la bella? ¿Habrá llegado á su casa en salvo? Sentí un sudor frío al hacerme estas tres preguntas. Una segunda y más extraña coincidencia ocurrió todavía. Mientras yo hablaba con Crittenden y le refería lo que había ocurrido con la otra sombra misteriosa que el solo conocía de nombre, oímos un ruido en el patio exterior que interrumpió nuestro diálogo, y muchas voces que hubaban apresuradamente. Se abrió la puerta del comedor, y un joven indio entró corriendo como si le persiguiesen muy de cerca.

—¡El hermano de la bella *chínampera*!—decían unas voces conforme yo me acercaba á él.

—¿Qué sucede?—le pregunté.

¡Pregunta bien inútil, cuya respuesta, débilmente pronunciada por el pobre indio, había yo adivinado!

—¡Mi hermana! ¡Me la han robado! ¡Dios de no sé!

CAPÍTULO XXV.

¿POR DÓNDE?

—¡Robada su hermana de V.! ¿por quién?

Otra pregunta igualmente supérflua. Yo podía haber nombrado los ladrones, ó al menos haber dado sus señas.

—Ladrones—contestó el joven;—saltadores de fiyo, por que tienen armas y caballos. Eran muchos, y entre ellos, señor capitán, uno que V. conoce, el del sombrero encarnado, que nos persiguió en el canal.

—Botes y sillan, trompeta; al momento.

El hombre se quedó asombrado, menos por lo inesperado de la orden, que por el tono con que había sido dada. Corrieron á las cuerdas y oímos repetir al trompeta, cuya voz resonaba por todas las murallas de la hacienda: «Botes y sillan.»

Mientras preparaban los caballos pregunté al joven que me dió todos los detalles que pido en tan corto tiempo: él y su hermana habían pasado San Isidro?

estaban entrando en su barca, que la habían dejado en un sitio más allá del *acalote*. El estaba ya dentro y su hermana iba á entrar, cuando dos hombres, saliendo de entre los juncos y levantándola en sus brazos, se la llevaron entre los dos.

— ¿No gritaba?

— Sí gritó, señor, pero sólo una vez; no pudo gri-

tar más porque los ladrones la echaron un seraje por la cabeza y eso cubrió su voz.

— Y V. ¿qué hizo entonces?

— Grité cuanto pude, señor; despues salté del bote y corri tras ellos, pero ántes que pudiera alcanzarlos se reunieron con otros muchos, todos á caballo, y tenían dos caballos sin jinetes. En uno de ellos sentaron



Levantándola en sus brazos se la llevaron.

á mi hermana, ¡pobrecita! Despues, el que la tenía montó detras de ella, y partieron todos al galope.

— ¿Cómo conoció V. que uno de ellos era el del sombrero encarnado?

— Porque le vi la cara, señor; yo estaba junto á él ántes que se fuesen, y le daba la luna; no era ninguno de los dos que la habían cogido, sino otro que se reunió á ellos despues. Él era quien mandaba y dirigía todo. ¡Oh, sí! Estoy seguro que era él. Le he visto tantas veces.... y lo mismo mi hermana. Ella creía haberle visto aquí esta noche durante el baile. Justamente me lo iba diciendo al entrar en nuestra bar-

ca, y nos daba mucho miedo. ¡Pensar que está con ese hombre! ¡Ay de mí, ¡qué hará con ella!

Su pena parecía muy grande, pero era pequeña al lado de la que yo sentía. Sus palabras me destrozaban el alma y sentía gran consuelo al oír las pisadas de los caballos en el patio, mezclado con el choque de los aceros en las vainas. Mis soldados estaban prontos para marchar. En un momento estuvimos en nuestras sillas. Crittenden y Moreno conmigo, por supuesto. El oficial mejicano no me hubiera abandonado en esta ocasión, y por el contrario, parecía alegrarse de poder serme útil con su espada, cansada ya de enmo-

hacerse en su vaina. Pero algo necesitaba yo más que su espada: su opinión y su guía, porque sin ésta sobre todo, nuestra persecución no hubiese sido más que un juego de gallina ciega. Era precisamente el hombre que yo necesitaba en aquel sitio y en aquella ocasión.

Conocía perfectamente todos los caminos del valle de Méjico y montañas que le rodeaban, y lo que era todavía más necesario para nuestro propósito, conocía todo lo que tenía relación con el *Guapo*, incluso la casa donde el alegre Lotario vivía cuando hacía el papel de ladrón, noticia que había tenido por conducto del coronel Espinosa, y que era de un valor inapreciable para mí en las circunstancias presentes, puesto que había resuelto dar fin con aquel bribón aunque me costase la vida.

Una vez montados, la primera pregunta que se me ocurrió fué, ¿Por dónde vamos? dirigida, por supuesto, á Moreno. Necesité pensar un poco antes de responder. San Isidro estaba cerca del extremo del lago. La Soledad entre éste y el gran camino nacional, por el que habíamos pasado para venir á la hacienda.

Espinosa había dicho que los ladrones tenían su casa cerca de la pirámide de San Juan de Teotihuacan. El camino más directo para este último sitio, desde San Isidro era por la Soledad. Pero había otro camino que podía también seguirse dando la vuelta á un cerro, uno de los pequeños volcanes de que he hablado, y que alargaba el viaje algunas millas.

Con una presa como la que habíam hecho, los bandidos se irían de fijo á su guarida sin perder tiempo. No podía dudarse acerca de esto: lo difícil era acertar cuál de los dos caminos tomarían. No tardamos mucho tiempo en pensarlo. Dió la casualidad que uno de los hombres de mi escuadra era un sujeto sincero y bueno que conocía aquel terreno perfectamente, y en cuanto habíamos andado algunos pasos le mande para que explorara el camino. Tirándose de su silla se paró y empezó á estudiar el terreno.

—Aquí hay pisadas de caballos, capitán; pero todas van hacia el camino de Veracruz. Son de la gente que ha venido á la fiesta.

—Vaya V. hacia el lado del lago y vea V. lo que allí hay.

Lo hizo así, apartándose unas veinte varas de la baranda de la hacienda, inclinó su cuerpo hacia el suelo como había hecho antes.

—¿Ha pasado alguien por ahí?

—Sí, capitán, una docena ó cosa así; pero sólo dos parecen recientes; las demás deben ser de antes de salir el sol.

—¿Ve V. algunas que vengán del lado del lago?

—Ni una, todas van al contrario.

—Monte V.

—Esto es bueno—dijo el mejicano cuando estuvimos otra vez sobre nuestros caballos; cuyas cabezas miraban al camino de Veracruz.—Para ir á la pirámide de San Juan tienen que cruzar el camino nacional en el pueblo de los Reyes. Váman primero á Tlapachua y de allí á los Reyes. Tenemos por delante veinte minutos, y si vamos á buen paso podemos alcanzarnos interceptando su camino.

—;Al galope!—grité sin dejarle acabar—y partimos con toda la ligereza que pudieron conseguir de nuestros caballos los brillantes púñcos de nuestras espuelas.

La luz clara de la luna nos permitía ver perfectamente todas las pisadas sospechosas que encontrábamos, sin tener que aflojar la brida ni un solo instante, y no descansamos un momento hasta llegar al gran camino de Méjico. Aun allí no hicimos más que volver hacia la ciudad, precipitándonos por Tlapachua despartiendo con las fuertes herraduras de nuestros caballos á sus tranquilos moradores que descansaban de los placeres del día. En el mismo camino tomamos el de los Reyes; pero allí no despertamos á nadie. Otros, ántes que nosotros, habían hecho esta buena obra, y al pasar galopando también por entre sus casas, vimos varias cabezas en las ventanas, que nos miraban con curiosidad y asombro.

Cerca de una milla más allá de los Reyes el camino de Tereoco, que es el mismo de San Juan Teotihuacan, se volvía de repente hacia la derecha, allí se inclinaba hacia el Norte por el extremo del gran lago, Tereoco también.

Todavía no sabíamos si la partida que perseguíamos estaba delante ó detrás de nosotros, y buscábamos la reunión de los dos caminos para tratar de averiguarlo. Pero lo supimos ántes de llegar á aquel punto. Al pasar por el pequeño pueblecito, el bandido que me servía para explorar el camino, que iba á mi lado, algo delante de los demás, mirando en el polvo, dijo tranquilamente:

—Pisadas frescas, mi capitán; diez ó doce caballos acaban de pasar por aquí y también á buen paso.

Apéna había concluido cuando pude convencerme por mis propios ojos de la verdad de su observación. Al volver un recodo que formaba el camino, cuyos ramos nos habían impedido ver mejor, pudimos distinguir un grupo negro, como á una media milla delante de nosotros, cuyo movimiento adivinábamos por unos puntos brillantes cuyos resplandores hacían resaltar la hermosa luz de la luna.

—Son los salvadores—dijo Moreno viniendo á mi lado—¿Ve V.? Ahora dejan el camino principal y toman el de Tereoco.

Así era, en efecto. El punto negro de pequeñas dimensiones se había alargado hacia la derecha y marchaba ahora en estrechas filas, de las que pudimos contar hasta seis. Los ladrones iban formados de dos en dos. No parecía que nos habían visto todavía, ni parecía tenían ser perseguidos. No podían oírnos porque hacía rato que habíamos andado sin hacer mucho ruido, y el poco que hacíamos se confundía entre el polvo que levantaban nuestros caballos.

En cuanto los vimos me paré dando la voz de alta. Mi objeto era tomar las medidas necesarias para conseguir mejor nuestro objeto. Allí estaban ya delante de nuestros ojos, siempre por el camino de la derecha, con lanzas cuyas hojas podimos distinguir perfectamente. Eran unos doce; ménos que nosotros, aunque hubiesen sido diez veces más hubiese yo continuado mi persecución sin que ni uno solo de mis hombres hubiese dejado de seguirme. Nuestra detención

duró sólo algunos minutos, y el oficial mejicano dijo:

— Ahora es menester ocasion de cogerlos, porque están en un camino donde no hay el mas pequeño agujero para que puedan esconderse lo ménos en dos ó tres millas.

— ¡Gran galope otra vez! — gritó á la escolta — y en un momento nos pusimos en marcha otra vez.

CAPÍTULO XXVI.

CONCLUYE CON UNA CENA DE NAVIDAD.

Ya no tuvimos el menor cuidado de ocultarnos de los ladrones que perseguíanos. Ni era posible con la luz de la luna, y como era de esperar, nos vieron anegada. Lo comprendimos por el rápido galope que emprendieron con rabia, como pudimos adivinar por sus exclamaciones, que oímos muy distintamente. No nos paramos á escucharlos, sino que corrimos sin detenernos, llegando muy pronto al camino de Tezcoco, donde los teníamos enteramente de frente.

Hasta aquí todo había sido cuestión de caballos, cuestión de hacerles correr á cual más pudiese. Los hombres de mi escolta eran de lo mejor de mis tropas, todos bien montados, y no era ésta la primera oportunidad que habíamos tenido de comparar nuestros caballos con los de Méjico.

Habíamos perseguido otras veces á saltadores y guerrilleros, y sabíamos que los pequeños caballos mejicanos no podían competir con los nuestros.

Tenía miedo de lo que podría suceder al alcanzarlos. Había oído decir que esta clase de saltadores, cuando ya se veían perdidos y creían morir, se negaban á rendirse, matándose ellos mismos después de hacer sufrir la misma suerte á sus cautivos. Muchas veces había oído contar el caso de una jóven asesinada en el momento en que su padre ó hermano acudían á salvarla.

¿Qué sería de mí si sucediera un horror semejante!

Yo estaba en una verdadera agonía; pero afortunadamente no tuve mucho tiempo para pensar en este nuevo suplicio. Diez minutos más, y todo quedaría ya resuelto.

Los ladrones hacían esfuerzos desesperados por huir de nosotros, y los pendones de sus lanzas se movían en todas direcciones al empuje que hacían haciendo espuelas á los pobres caballos, que apenas podían sentirlos.

Los nuestros, por el contrario, respiraban con fuerza conforme iban adelantando, echando espuma y despidiendo fogorosas bocanadas de humo que llegaban hasta nuestros ojos.

Ni una palabra entre nosotros; no se oía más ruido que el que hacían los cascos de nuestros caballos y las vainas vacías de nuestras sillas.

Bien pronto la media milla que nos separaba de ellos se redujo á la mitad. Un poco más y llegábamos.

— ¡Matad sin piedad al que se resista; pero cuidado con hacer el menor daño á la jóven!

Una que muchos de ellos comprenderían el interés de mi súplica, y que en cuanto estuviese de su parte procuraban salvarla.

Al concluir mis últimas palabras, casi tocaban nuestros caballos los talones de los guerrilleros. Después se oyeron otras voces, pero no entre los nuestros. Venían del lado de los bandidos.

No eran ni los gritos de batalla, ni las exclamaciones de guerra al empezar un combate. Los cobardes exclamaban:

— ¡Nos rendimos!

No puedo explicar nuestra admiración; al mismo tiempo tiraron sus lanzas en el camino, pidiendo por Dios que no los matásetos. Sólo dos se resistieron al acercarnos á ellos. Mis soldados, obedeciendo la orden que yo les había dado y que era ya tarde para recoger, dejaron caer sus sables y quedaron muertos sobre el terreno.

Afortunadamente ninguno de ellos llevaba la jóven; otro, viendo que yo mandaba las tropas, se acercó con la bella india sobre su silla, cuya cabeza aun cubría el serape, y sus brazos estaban sujetos por una cuerda.

— Señor general — me dijo — le entrego á V. mi carga, y muy contento de verme libre de ella. ¡Cambra! Nunca hubiera yo tomado este cargo tan contrario á mi carácter, si no hubiera sido por complacer á mi jefe, que me hubiera matado si le hubiese desobedecido. Pero, ¡ay! — añadió volviendo sus ojos hácia uno de los dos hombres muertos; — aquí hay algo por qué alegrarse; el *Guayo* no me dará ya más órdenes desagradables que cumplir!

Yo ni estas palabras, pero no hice caso. Mi pensamiento y mis manos tenían otra ocupacion mucho más grata para mí, procurando mejorar la situacion de mi pobre cautiva. Cuando hubo quitado el serape que cubría su cabeza, y los pálidos reflejos de la luna cayeron sobre su hermoso rostro, miré con gran cuidado primero, después con la mayor alegría. Sus hermosas trenzas se habían deshecho, estaba muy pálida, pero sus ojos tenían el brillo de siempre, llenos de luz y de vida, dándome la seguridad de que ningún daño la habían hecho. Una mirada de admiracion y agradecimiento me compensó de todo, y creí soñar cuando al caer en mis brazos me dijo con la mayor alegría:

— ¿Eres tú, amor mío? ¡Salvada! ¡estoy salvada!

— ¡Sí, Lofita querida! Y no tienes ya que temer al hombre que tanto te ha hecho sufrir; ¡mírale!

Y al mismo tiempo señalaba el cuerpo del bandido, que, con la cara vuelta hácia la luna, permanecía inmóvil en el sitio donde había encontrado su justo castigo.

Era una cara hermosa á pesar del ceño desagradable que había conservado hasta después de morir. No le miré más que un momento, y acercándose á mí, gritó:

— Vámonos, ¡oh! vámonos de aquí.

Me iba con ella de aquel sitio que tanto la horrorizaba, cuando Crittenden y el capitán Moreno me alcanzaron, y el último, con una expresion particular, y después de haber dado la enhorabuena á la chinampert por su salvacion, me dijo:

— Caballero, le debo á V. una cena de seis cubiertos, que será muy gustoso en pagar mañana mis-

mo, 10 de Noviembre, en la fonda del *Espíritu Santo*, si esto le conviene.

Le miré con asombro, no pudiendo comprender lo que quería decir. ¡Semejante proposición en aquel sitio y en aquellos momentos!

—No le comprendo á V., capitán Moreno.

—Tal vez comprenda V.—dijo—mirando esto.

Abrió su mano en cuya palma vi una cosa redonda que brilló con la luna. Era un reloj de oro.

—Este es el reloj—me dijo—del que por su amable intervencion me despojó el *Pelado*. Uno de los mejores de Losada, como V. ve, y que, como dije



Y al mismo tiempo señalaba el cuerpo del bandido.

á V., me había costado veinte doblones. Así ya puede usted decir que estuve exacto cuando le hice á usted gastar en una cena para seis.

—Pero, ¿cómo? ¿dónde? ¿cuándo lo ha recobrado V.?

—¡Ah! se me había olvidado explicárselo á usted. Ahora mismo, y del mismo ladron que está ahí en el suelo, de donde no se levantará para robar más relojes, en este mundo al menos; no sabemos lo que hará en el otro. Mire V.

Miré hácia donde el capitán señalaba, y vi el cuerpo de otro ladron caído tambien de espaldas. Al ver su cara le reconocí al momento, y lo mismo Critten-

den; era el pescador que nos había engañado. Y ahora, recordando lo que me había dicho acerca de un servicio que yo le había hecho que valía mucho dinero, comparando esto con el robo del reloj, comprendí al fin lo que quería decir con su burlona gratitud. ¡Salteador, pescador y bandido, no eran más que un solo individuo!

Tan rápida había sido nuestra persecucion á los bandidos y tan fácil vencerlos, que estuvimos de vuelta en la Soledad á tiempo para oír la misa. Pero yo, en vez de asistir á esta ceremonia, me fui á buscar al hermano de Lorite, que se había quedado en la hacienda,

Los acompañé hasta San Isidro, y después de haberlos dejado en el bote, en salvo, esta vez seguramente, volví á la Soledad, muy tarde ya para dar las buenas noches á las señoras, que se habían acostado las dos.

Doña Ignacia, si dormía, soñaría de fijo con un uniforme azul y franjas amarillas, cuyos gustos bajos y vulgares (según la opinión de las señoras) le hacían parecer á sus ojos como un monstruo de iniquidad.

Temiendo su enfado, á la mañana siguiente tomé la prudente precaución de irme en cuanto amaneció. Afortunadamente encontré una buena excusa para explicar mi marcha.

Temíamos que conducir los prisioneros para que los

alojasen en la gran cárcel de la Acordada. Crittenden me acompañó, aunque no muy contento. Hubiera preferido almorzar allí.

Peró si el día de Navidad no almorzamos ni comimos con el capitán Moreno, cenamos con él por la noche en la fonda del *Espirito Santo*. Los mismos seis de la otra vez, y Crittenden, que hacia el siete. Todos más alegres aún que la otra vez. Yo más que ninguno, porque aquella noche en la sobremesa no se dijo nada que pudiera disgustarme, ni siquiera por el coronel Papinosa, que habria sido sin duda decir á mi amigo Moreno que aquella á quien tan sin piedad habia tratado, tal vez seria algun día la esposa del capitán Mayne Reid.

FIN DE LA REINA DE LOS LAGOS.

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

Si yo tocase alguna pieza graciosa, quizá olvidáramos todos el hambre; en último caso, mientras me ocupaba en tocar y los perros bailaban con *Joli-Cour*, se pasaría el tiempo agradablemente.

Tomé mi arpa que estaba apoyada en un árbol, y volviendo la espalda al Canal, coloqué á mis actores en posición, tocando una polka y después un wals.

Observé al punto que no estaban aquellos en disposición de trabajar; era evidente que el pedazo de pan les hubiera convenido más que la danza; pero se animaron poco á poco, produjo la música su efecto obligado, dimos al olvido aquel pan que no teníamos y no pensamos más que en tocar yo y en bailar los perros.

Subitamente oy una voz muy clara, voz de niño que gritaba:

— ¡Bravo!

Aquella voz sonó detrás de mí, haciéndome volver la cabeza.

Un barco estaba parado en el canal, con la proa en dirección de la orilla donde me hallaba; los dos caballos que le remolcaban habían hecho alto en la opuesta orilla.

Era una embarcación sumamente extraña y tal como yo jamás habia visto: más corta que las barcas empleadas ordinariamente en la navegación fluvial, y encima de su puente, poco elevado sobre el nivel del agua, estaba construida una especie de galería de cristales; delante de ésta habia una marqueta

sina cubierta de plantas trepadoras, cuyo follaje, sujeto en varios puntos á los calados del techo, caía en formas de verdes guirnaldas; debajo de la marqueta vi dos personas: una señora todavía joven, de noble porte y aspecto melancólico, que estaba en pié, y un niño, de mi edad próximamente y que me pareció iba echado.

Sin duda él fué quien exclamó «bravo».

En cuanto volví de mi sorpresa, pues aquella aparición no tenia nada de tenerosa, me quitó el sombrero para dar las gracias al que me habia aplaudido.

— ¿Tocáis por gusto? — me preguntó la dama con acento extranjero.

— Es para que trabajen mis actores y tambien.... para divertirme.

Hizo una seña el niño y la señora se inclinó hacia él.

— ¿Quereis tocar algo más? — me preguntó levantando la cabeza.

— ¡Si queria tocar!; tocar para un público que venia como llovido del cielo! No me hice de rogar.

— ¿Quereis un baile ó una comedia? — dije á la dama.

— ¡Oh!; una comedia! — exclamó el niño.

Peró la señora le interrumpió para decir que preferia el baile.

— El baile es muy corto — dijo el niño.

— Si el respetable público lo desea, después del baile podremos hacer algunos ejercicios exactamente

iguales á los que se anuncian en los circo de Paris.

Era una frase de mi amo, y procuré decirlo con tanta nobleza como él. Reflexionando bien, me alegré de que no quisieran comedia, pues me hubiera visto muy embarazado para organizar la representación, dada la ausencia de *Zerbino* y la falta de los trajes y demas accesorios.

Volví á coger el arpa y produje un vals; en seguida rodeó *Capi* con sus patas la cintura de *Dolce*, y se pusieron á bailar á compas. Luego bailó *Joli-Cœur* solo y sucesivamente pasamos revista á todo nuestro repertorio, sin sentir cansancio; mis actores habían conocido que el pago de su trabajo sería una comida, y no se retraían de él, como no me retraía yo.

De pronto, y en lo mejor de un ejercicio, vi á *Zerbino* salir de un matorral, y cuando sus compañeros pasaron cerca de él se colocó en el centro, desempeñando su papel.



Un barco estaba garabó en el canal.

Mientras tocaba, y sin dejar de vigilar á mi compañia, miraba de vez en cuando al niño, y me parecia que, á pesar de agradarle nuestros ejercicios, no se movía permaneciendo acostado en la inmovilidad más completa y sin hacer otro movimiento que el indispensable para aplaudirnos.

¿Estaría paralizado? Parecia que le habían atado á una tabla.

Insensiblemente acercó el viento al barco á la orilla en que yo estaba, y veía al niño como si me hubiese hallado junto á él; era rubio, de pálido rostro, tan pálido que se transparentaban por su piel unas venas azules; su expresion era dulce, triste y algo enfermiza.

— ¿Cuánto cuestan las localidades en vuestro teatro? — me preguntó la dama.

— Se paga con arreglo al placer que se ha experimentado.

— Entonces es preciso pagarlas muy caras, mamá — dijo el niño.

Después añadió algunas palabras en una lengua desconocida para mí.

— Arturo quiere ver de cerca á vuestros actores — me dijo la señora.

Hice una seña á *Capi*, que, tomando carrera, se lanzó al barco.

— ¡Y los demas! — gritó Arturo.

Zerbino y *Dolce* siguieron á su camarada.

— ¡El mono!

Joli-Cœur hubiera dado el salto con facilidad, pero yo nunca tenia confianza en él; en cuanto estuviese á bordo podia tomarse ciertas libertades que no hubieran agradado á la señora.

— ¿Es travieso? — preguntó.

— No, señora, pero es algo indócil y tomo que no se conduzca de una manera conveniente.

— ¡Pues traedle vos!

Al decir esto dió una orden á un hombre que estaba en la popa, cerca del timon, y el cual pasó á pro echando una tabla á la berna del canal.

Era una especie de puente que me permitió embarcarme sin peligro y entrar gravemente con mi arpa al hombro y con *Joli-Cœur* en la mano.

— ¡El mono, el mono! — exclamó Arturo.

Me acerque al niño, y mientras éste balagaba y acariciaba á *Joli-Cœur*, pude examinarle á mi gusto.

¿Cosa extraña! Estaba realmente sujeto á una tabla, como me figuré desde el principio.

— ¿Teneis padre, no es verdad, hijo mio? — me preguntó la dama.

— Si, pero en este momento estoy solo.

— ¿Por mucho tiempo?

— Por dos meses.

— ¿Dos meses! ¡Oh! ¡pobrecito! ¡Tanto tiempo solo á vuestra edad!

— ¿Sin duda os obliga vuestro amo á llevarlo una cantidad determinada al cabo de esos dos meses?

— No, señora, no me obliga á nada. Con tal que yo pueda vivir con mi compañia, es suficiente.

— ¿Y habeis podido vivir hasta hoy?

No sabia qué responder; jamas habia visto una señora que me inspirase un sentimiento de respeto como la que me interrogaba. Sin embargo, lo hacia con tal bondad, era su voz tan dulce y su mirada tan afable, que me resolví á decirle la verdad. Ademas, ¿por qué habia de callarme?

La referí todo lo que habia sucedido y la causa de haberme separado de Vitalis, á quien el tribunal condenó por defendermos, y le dije que desde mi salida de Toulouse no pude ganar ni un sueldo.

Mientras yo hablaba, jugaba Arturo con los perros escuchando, sin embargo, y oyendo lo que decia.

— ¡Debeis tener todos mucha hambre! — dijo el niño.

Al oír aquella palabra tan conocida de los perros empezaron á ladrar y *Joli-Cœur* á rascarse el vientre con verdadero frenesí.

— ¡Oh, mamá! — dijo Arturo.

La dama comprendió el significado de aquella exclamación, dijo algunas palabras en idioma extranjero á una mujer que asomó la cabeza por una puerta á medio abrir, y al poco rato volvió la mujer á presentarse con una pequeña mesa servida.

— Sentaos, hijo mío — dijo la señora.

No me hace rogar; dejó mi arpa y me senté al punto delante de la mesa: los perros se agruparon á mi alrededor y *Joli-Cœur* se instaló en mi rodilla.

— ¿Comen pan vuestros perros? — me preguntó Arturo.

— Si comían pan! Les di á cada uno un pedazo de pan, que desapareció en seguida.

— ¿Y el mono? — dijo Arturo.

Era inútil acuparse de *Joli-Cœur*; pues mientras yo servía á los perros se había apoderado de un trozo de empanada y trataba de ahogarse con él debajo de la mesa.

En cuanto á mí, corté una rebanada de pan, y si no me ahogué como *Joli-Cœur*, comí al menos con tanta glotonería como él.

— ¡Pobre niño! — decía la dama llenándose el vaso.

Arturo estaba callado, pero nos miraba con los ojos desmesuradamente abiertos, maravillado sin duda de nuestro apetito, pues estábamos tan hambrientos unos como otros, áun *Zerbino*, que debía estar un tanto satisfecho con la carne que había robado.

— ¿Dónde habicrais comido esta noche si no nos hubiésemos encontrado? — preguntó Arturo.

— No sé si llegaríamos á tener algo para cenar.

— Y mañana ¿dónde comeréis?

— Canso muchísimos tengamos la fortuna de encontrar algunas personas tan caritativas como vos.

Dejó Arturo de hablar conmigo, y volviéndose hacia su madre entabló con ella una discusión en el idioma extranjero que antes había oído; parecíame que pedía una cosa que la señora no estaba dispuesta á conceder ó contra la cual oponía, por lo menos, alguna objeción.

Volví el niño la cabeza, pues el cuerpo no se movía.

— ¿Queréis quedarnos con nosotros? — dijo.

Lo miré sin saber qué contestar por lo imprevisto de la pregunta.

— Mi hijo os dice si queréis permanecer á nuestro lado.

— ¿En este barco!

— Si, en este barco; mi hijo está enfermo, los médicos han ordenado que le tenga sujeto á una tabla, como veis. Á fin de que no se fastidie le paseo en esta embarcación. Viviréis con nosotros. Vuestros perros y vuestro mono darán representaciones para Arturo, que será el público que tengáis. Y si queréis también, hijo mío, tocáis el arpa. De este modo nos prestaréis un servicio, y nosotros, en cambio, os le podremos devolver. No necesitaréis buscar un público cada día, lo que debe ser enojoso para un niño de vuestra edad.

— ¡Embarcado! Nunca habia podido entrar en un barco, aunque era mi mayor deseo. ¡Iba á vivir en una embarcación, en el agua! ¡Cuánta felicidad!

Esta fué la primera idea que exaltó mi espíritu, dejándole desvanecido. ¡Era un sueño!

Reflexioné por algunos instantes; comprendí toda la dicha que encerraba aquella proposición y la generosidad con que se me había hecho.

Tomé la mano de la dama y la di un beso.

Enterneciése al observar aquel testimonio de reconocimiento, y me pasó la mano por la frente varias veces y con gran ternura.

— ¡Pobrecito! — dijo.

Hubiéndome rogado que tocase el arpa, me pareció que no debía dilatar el cumplimiento de aquel deseo, y la diligencia en hacerlo era, hasta cierto punto, una prueba de mi buena voluntad, al mismo tiempo que de mi gratitud.

Tomé el instrumento, y colocándome en la proa del barco, empecé á preludiar.

Al mismo tiempo acercó la dama á sus labios un silbato de plata, y lanzó un agudo sonido.

Dejó de tocar al momento, preguntándome por qué había silbado; si sería porque tocaba mal ó para hacer que callase.

Arturo, que veía todo lo que pasaba á su alrededor, adivinó mi inquietud.

— ¡Maná ha silbado! — dijo — para que los caballos se pongan en marcha.

En efecto, el barco, que se había separado de la orilla, empezó á deslizarse por las tranquilas aguas del canal, arrastrado por los caballos.

— ¿Quereis tocar? — preguntó Arturo.

Y con un movimiento de cabeza llamó á su madre, estrechó su mano, y así la conservó durante todo el tiempo en que toqué las diferentes piezas que me enseñó mi amo.

CAPÍTULO XII.

MI PRIMER AMIGO.

La madre de Arturo era inglesa, y se llamaba Mad. Milligan. Era viuda, y yo creí que Arturo sería su hijo único; pero no tardé en saber que tenía otro mayor, el cual había desaparecido, de una manera tan misteriosa, que no se pudieron encontrar sus huellas. Cuando aconteció esta desgracia, estaba moribundo M. Milligan, y su esposa, gravemente enferma, no sabía nada de lo ocurrido. Cuando recobró el conocimiento, había muerto su marido y ya no estaba el hijo á su lado. Las indagaciones habían sido practicadas por M. James Milligan, su cuñado. Pero en esta elección concurría la circunstancia de que M. James Milligan tenía un interés opuesto al de su hermana política. En efecto, si su hermano moría sin sucesión, él heredaría toda su fortuna.

Sin embargo, M. James Milligan no heredó á su hermano, porque siete meses después de la muerte de su marido, Mad. Milligan tuvo un hijo, que era Arturo.

Pero aquel niño, enfermizo y débil, no podria vivir, según decían los médicos, y moriría de un momento á otro, en cuyo caso entraría M. James Milligan á heredar el título y la fortuna de su hermano mayor; pues las leyes acerca de la herencia no son

iguales en todos los países, y en Inglaterra permiten, en ciertas circunstancias, que un tío sea el berebero, con perjuicio de la madre.

Con el nacimiento de su sobrino quedaron aplazadas las esperanzas de M. James Milligan, pero no destruidas; no había más sino esperar.

Esperó.

Pero no se realizaron los pronósticos de los médicos. Arturo siguió enfermo, pero no murió como pensaban; los cuidados de su madre le hicieron vivir, milagro que, gracias á Dios, se repite con frecuencia.

Veinte veces le creyeron perdido, y otras tantas se salvó; sucesivamente, y algunas veces al mismo tiempo, tuvo todas las enfermedades que pueden aquejar á un niño.

En los últimos meses se le había declarado una dolencia terrible, llamada coxalgia, y cuyo asiento está en las caderas. Para curar la enfermedad le habían indicado las aguas sulfurosas, y Mad. Milligan había ido á los Pirineos con aquel objeto. Pero después de ensayar inútilmente las aguas minerales, le aconsejaron otro tratamiento, que consistía en tenerle echado á la larga sin poderse mover.

Entónces mandó Mad. Milligan construir en Burdeos la embarcación que tanto me asombró.

No podía permitir que su hijo permaneciese encerrado en casa, donde hubiera sucumbido al fastidio ó á la falta de aire; si Arturo no podía andar, andaría la casa en que habitase.

El barco fué transformado en casa flotante, con alcoba, cocina, salón y mirador. En aquel salón, ó bajo la enramada de la marquesina, pasaba Arturo el día, según la época del año, y los paisajes desfilaban á su vista, sin que se tomase más trabajo que abrir los ojos.

Hacia un mes que habían salido de Burdeos, y después de subir por el Garonne, entraron en el canal del Mediodía, por el que se proponían llegar á las lagunas del litoral del Mediterráneo, ascendiendo después por el Rhône, luego por el Saône, pasando de este río al Loire hasta Briare, tomando en este punto el canal del mismo nombre, para alcanzar la corriente del Seine y seguir su curso hasta Rouen, donde se embarcarían en un buque de alto bordo y volverían á Inglaterra.

El día de mi llegada no vi otro aposento más que el destinado para mí en el barco, que se llamaba el *Cásc*. Era muy pequeña aquella habitación, no tenía más que dos metros de largo por uno de ancho; pero era también de lo más lindo que puede soñar una imaginación infantil.

Su mobiliario consistía en una sola cómoda, pero aunque no había otro mueble, parecía la hotella inagotable de los físicos, que encierra tantas cosas. La tapa no estaba fija; podía girar, y cuando se levantaba, velase dentro una cama completa, colchón, almohada y mantas. Naturalmente, no era muy ancha la cama, pero lo suficiente para descansar en ella con comodidad. Debajo del lecho había un cajoncito que contenía todos los objetos necesarios en un tocador, y más abajo otro, dividido en varios compartimientos, para colocar los trajes y la ropa blanca. No

se veían mesas ni sillas, por lo ménos de la forma común; pero junto al tabique, cerca de la cabecera del lecho, había una tablita, que al bajarse formaba la mesa, y al lado de los pies otra que servía de silla.

Una pequeña ventana, practicada en la pared, que se podía cerrar con un grueso cristal redondo, iluminaba la habitación y permitía que se ventilase.

Nunca había visto nada tan hermoso ni tan limpio; todo estaba adornado con madera de abeto barnizada, y el piso estaba cubierto por hilo con dibujo de cuadrados blancos y negros.

Mas el encanto que producía todo aquello no era únicamente para los ojos.

Cuando después de quitarme mi traje me extendí en el lecho, experimenté una sensación de honesta desconocida; era la primera vez que el contacto de la ropa era agradable para mi piel en lugar de arañarla. En casa de la Barbería me acostaba en gruesas y ásperas tolas de cáñamo; Vitalis y yo dormíamos casi siempre en la paja ó sobre el heno, y cuando nos daban sábanas en alguna posada se podía renunciar á ellas. ¡ Cuán finas eran las que en el barco me envolvían! ¡ Qué suaves y qué agradable perfume exhalaban! El colchón era mucho más blando que las aguzadas hojas de pino en las que descansé la víspera. El silencio de la noche no me inquietaba, las sombras no turbaban mi espíritu, y las estrellas que contemplaba por la ventana me infundían esperanzas y valor.

Por más que me encontraba muy bien en aquel lecho, salí de él al apuntar el día, pues estaba deseoso de saber cómo habían pasado la noche mis actores.

Encontré á mi gente en el lugar que la había instalado el día antes, y durmiendo de igual manera que si el barco fuese su domicilio desde mucho tiempo. Al acercarme se despertaron alegremente los perros para pedirles la caricia de la mañana. *Juli-Cœur*, que dormía con un ojo abierto, fué el único que no se movió y siguió roncando con estrépito.

No era necesario un gran esfuerzo de imaginación para conocer lo que aquello significaba; *M. Juli-Cœur*, que era la susceptibilidad personificada, se enfadaba fácilmente, y una vez enojado, no se contentaba en seguida. Entónces le tema triste la idea de que yo no le había llevado á mi cuarto, y me expresaba su disgusto con aquel sueño fingido.

No podía explicarle las razones que me habían obligado, con gran pesar mío, á dejarle en el puente, y conociendo que estaba disgustado conmigo, le tomé en brazos, manifestándole mi sentimiento por medio de algunas caricias.

Al principio no quiso dejar su enfado; pero con la movilidad de carácter que le distinguía, pensó en otra cosa, y con su pantomima me dió á entender que si le llevaba á paseo, acaso me perdonaría.

El marinero á quien vi el día antes junto al timón ya estaba levantado y se ocupaba en limpiar el puente; accedió á mi petición de colocar una tabla desde el barco hasta la orilla, y pude bajar á la proa con mis perros.

Jugando con ellos y con *Juli-Cœur*, corriendo, sal-

tando los fosos y subiendo á los árboles, pasó el tiempo velozmente; cuando volvimos habian engan-
chado los caballos y estaban atados á un chopo en el
camino de sirga, esperando un latigazo para partir.

Me embarqué al instante; algunos minutos despues
soltaron la amarra que sujetaba la embareacion á la
orilla, se colocó en su sitio el timonel, montó á caba-
llo el conductor y rechinó la polea por donde pasaba
el cable de remolque; estábamos en marcha.

¡Qué agradable es ir embarcado! Trotaban los ca-
ballos por el camino de sirga, y sin experimentar el
menor movimiento nos deslizábamos apaciblemente
por el agua; ambas orillas cubiertas de vegetacion
liman detras de nosotros, y no se oia otro ruido más
que el de los remolinos de la corriente contra el casco,
unido al repiqueteo de las campanillas que los ani-
males llevaban en la collera.

Mientras andabamos iba yo inclinado sobre la borda
mirando los álamos que se elevaban orgullosamente
agitando á impulsos del aura matinal sus trémulas y
blanquecinas hojas; la prolongada hilera de los árbo-
les formaba una espesa cortina verde que no permitia
el paso á los oblicuos rayos del sol, produciendo
una luz dulcísima tamizada por el ramaje.

De trecho en trecho parecia negra el agua, como si
señalase abismos insondables; en otras partes se ex-
tendia en transparentes ondas que dejaban ver los re-
lucientes guijarros de su fondo y las plantas acuáti-
cas que en él brotaban.

Estaba absorto en mi contemplacion, cuando de
punto oí pronunciar mi nombre.

Me volví para ver quién me llamaba; era Arturo,
á quien traian en su tabla; su madre estaba junto
á él.

—¿Habeis dormido bien?— me preguntó el niño—
¿mejor que en el campo?

Me acerqué y respondí buscando palabras corteses
dignas tanto á la madre como al hijo.

—¿Y los perros?— me preguntó éste.

Los llamé, así como á *Joli-Cœur*; llegaron haciendo
reverencias y el mono como si presintiese que íbamos
á dar una representación.

Pero no se trataba de eso aquella mañana.

Madame Milligan habia instalado á su hijo á cu-
bierto de los rayos del sol, sentándose á su lado.

—¿Queréis llevaros los perros y el mono?— me
dijo;—tenemos que trabajar.

Hice lo que me pedian y me fui con mi compañía
por delante.

¿Para qué clase de trabajo era apto aquel enfer-
mo?

Vi que su madre le hacia estudiar una leccion, cuyo
texto seguia en un libro abierto.

Extendido en su tabla, Arturo repetia las palabras
sin hacer un movimiento.

Para ser más exacto, debo decir que intentaba re-
petirlas, porque se confundia de una manera lamenta-
ble y no decia tres palabras seguidas, sin contar
con que se equivocaba á cada momento.

Su madre le reprendia con dulzura, pero al mismo
tiempo con firmeza.

—No sabéis la fábula—le dijo.

Me pareció muy extraño que le dijera *no sabéis*,
ignoraba que los ingleses no se tutean nunca.

—¡Oh, mamá!— dijo con desconsolado acento.

—Hoy habeis hecho más faltas que ayer.

—He tratado de aprenderla.

—Pero no lo habeis conseguido.

—No me ha sido posible.

—¿Por qué?

—No lo sé..... porque no he podido..... porque es-
toy enfermo.

—Pero no os duele la cabeza; jamaa consentiré en
que no aprendais nada y que con pretexto de la en-
fermedad sigais creciendo en la ignorancia.

Me parecia muy severa Mme. Milligan, y sin em-
bargo, hablaba sin mostrar cólera y con tierna voz.

—¿Por qué me entristeceis negándoos á aprender
las lecciones?

—No puedo, mamá, os aseguro que no puedo.

Y rompió á llorar. Madame Milligan no se dejó en-
terecer por las lágrimas, aun cuando parecia como-
vida y triste, como habia dicho.

—Hubiera querido dejaros esta mañana con Kemi
y con los perros—continuó diciendo;—pero no jugu-
réis mientras no hayáis dado vuestra fábula sin una
equivocacion.

Entregó el libro á Arturo y dió algunos pasos co-
mo para ir al interior del barco, dejando á su hijo
acostado en la tabla.

Lloraba el pobre niño, y desde mi sitio oia su voz
entrecortada por los sollozos.

¿Cómo podria ser Mme. Milligan tan severa con
aquel niño á quien parecia amar con gran ternura? Si
no podia aprender la leccion no era por culpa suya,
sino de la enfermedad.

Iba á marcharse sin decirle una palabra de cari-
ño.

Pero no lo hizo, y en vez de entrar en el barco
volvió hacia su hijo.

—¿Queréis que la estudiemos juntos?— dijo la
dama.

—¡Oh! sí, mamá, los dos juntos.

Entonces se sentó á su lado, y tomando de nuevo
el libro, comenzó á leer muy despacio la fábula que
se titulaba: *El labo y el cordero*; Arturo repetia to-
das las palabras y las frases que oia á su madre.

Cuando ésta hubo leído la fábula tres ó cuatro ve-
ces, dió el libro á Arturo diciéndole que la aprendiese
solo y entró en el saloncillo.

En seguida empezó Arturo á leer su fábula y des-
de donde yo estaba le veia mover los labios.

Era evidente que trabajaba con aplicacion.

Pero no duró ésta mucho tiempo; levantó los ojos
del libro, se movian sus labios más despacio y no
tardaron en pararse completamente.

Ya no leia ni repetia las palabras.

Su mirada, errante de un punto á otro se encontró
con la mia.

Le hice una seña con la mano para que volviese á
estudiar.

Sonrióse dulcemente como para decirme que me
agradecía la advertencia, y sus ojos se fijaron otra
vez en el libro.

Al poco rato se volvieron á levantar vagando de una á otra orilla del canal.

Viendo que no se dirigían hácia mí, me levanté, y habiendo llamado su atención, le señalé al libro.

Volvió á tomarle sonrojándose.

Desgraciadamente, dos minutos después pasó un martin-pescador, rápido como una flecha, atravesando el canal por delante del barco.

Arturo levantó la cabeza para seguirle.

Luégo, cuando se hubo desvanecido la vision, me miró atentamente y dijo:

—No puedo, y sin embargo tengo buena voluntad.

Me acerqué á él.

—Esta fábula no es difícil—le dije.

—¡Oh! sí; sí lo es.

—A mí me ha parecido muy fácil; escuchando vuestra mamá mientras la leía la he conservado en memoria.

Somlóse el niño con aire de duda.

—¿Queréis que os la recite?

—¿Para qué? Es imposible.

—No es imposible, ¿queréis verlo? Tomad el libro.

Hizo lo que le decía y yo empecé á recitar; no me corrigió más que tres ó cuatro veces.



Cómo! ¡Ya lo sabeis! exclamó el niño.

—¿Cómo! ¡Ya lo sabeis!—exclamó el niño.

—No la sé bien, pero ahora creo que la diré sin equivocarme.

—¿Qué habeis hecho para aprenderla?

—He oído leer á vuestra mamá, pero la he oído leer con atención sin mirar á ninguna parte.

Brotó el carmín en sus mejillas y apartó la vista; luego, tras de un momento de vergüenza:

—Ya comprendo de qué manera habeis oído—dijo—yo trataré de oír como vos; pero ¿que habeis hecho para retener en vuestra memoria todos esos nombres que confunden la mía.

¿Qué había hecho? No lo sabía, pues nunca habia reflexionado acerca de esto; sin embargo, intenté explicarle lo que me preguntaba al mismo tiempo que yo me lo explicaba tambien.

—¿De qué se trata en la fábula—le dije—de un carnero? Empiezo, pues, á pensar en carneros. En seguida pienso en lo que hacen; algunos carneros pacían tranquila y confiadamente en la pradera. Veo los carneros pastando unos, acostados otros, puesto que están tranquilos y confiados, y habiéndolos visto ya no los olvido.

—Bueno—dijo—yo tambien los veo. Algunos carneros pacían tranquila y confiadamente en la pradera. Veo que los hay blancos y negros, veo tambien

corderos y ovejas. De igual modo veo la pradera cubierta de zarzas.

—¿Entonces ya no lo olvidareis?

—¡Oh! no.

—¿Quién guarda generalmente los carneros?

—Los perros.

—Y cuando no necesitan vigilar á los carneros ¿qué hacen los perros?

—Nada.

—En ese caso pueden dormir; digamos, por ejemplo siguiente: los perros dormían.

—Perfectamente; eso es muy fácil.

—Facilísimo. Ahora pensemos en otra cosa. ¿Quién guarda los carneros ademas de los perros?

—Un pastor.

—Si los pastores están en seguridad, no tienen que hacer nada; ¿en qué pueden pasar el tiempo?

—En tocar la flauta.

—¿Los veis?

—Sí.

—¿Dónde están?

—A la sombra de un gran olivo.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

De su cabeza se pueden extraer hasta tres toneladas de esa sustancia grasienta, que en el comercio recibe el nombre de *esporina de ballena*, y mide asimismo doce ó más toneladas de aceite. Las gentes que se dedican á la pesca de estos enormes cetáceos corren grandes peligros, porque á veces los cachalotos se arrojan sobre las barcas, las sumergen y devoran á los tripulantes. ¿Rosta algo más que decir de tan extraordinarios monstruos, mi sabio y elocuente amigo?

Esta pregunta iba dirigida al doctor Pöey, el cual se apresuró á contestar en los siguientes términos:

—Hábeislo piádo, en sus condiciones morales, de mano maestra; como lo hubiese hecho el mejor médico. Solamente os ha faltado añadir algunos ligeros detalles acerca de su organización física, y manifestar que el ámbar gris, tan estimado en el comercio, es un cálculo biliar, debido á cierta enfermedad que suele padecer ese gigante del mundo submarino.

CAPÍTULO XVIII.

INFORMACIONES.—CONTEMPLANDO EL MAR DEL SUR.
—PENSAMIENTOS Y CONJETURAS.—ACUIDENTE IN-
ESPADO.

I.

Cinco días después de dejar por la banda de babor las tierras de la isla Trinidad, reconocieron los expedicionarios un grupo de peñascosas islas, áridas y de escasísima vegetación, que lleva por nombre Aurora.

Desde su anterior etapa, el *Baltasar Ballesta* y el *Jésciras* habían navegado mil veinte millas. El grupo de las islas Aurora, situado casi en la misma latitud de la Tierra del Fuego, viene á ser como la tierra más avanzada al N., en el hemisferio occidental, del grande Océano Atlántico.

Desde que la expedición traspuso el trópico de Capricornio, ¿cuánto había cambiado el sonriente aspecto de la Naturaleza! Apenas hubo recorrido algunos grados al S. las apariencias del cielo y del mar fueron mudándose visiblemente. Las galas matutinas de la atmósfera presentábanse ménos maravillosas y espléndidas; las puestas de sol no revestían ya el carácter mágico de sus soñadoras perspectivas: las ciudades, los arcos de triunfo, las dilatadas praderas, los bosques oscurecidos, las góticas torres de imponentes castillos y fortalezas, las gigantes cordilleras de montañas, y las mil fantásticas y luminosas apariencias, que al aproximarse á su ocaso el astro del día

levantaba en el horizonte con rojas tintas y los más decididos tonos, casi habían dejado de verse.

Las nubes y vapores acumulados al Occidente eran la frágil materia con que el sol elaboraba sus mágicas creaciones, que sucedíanse á veces con incomprensible celeridad. Este cambio de perspectivas operábase á medida que el astro radiante se acercaba á la línea occidental de nuestro hemisferio. Los contornos de un cuadro empezaban á modificarse lentamente, y, como por mágicas artes, sucedíale otro tan espléndido como el que desaparecía en el mundo de aquellas soñadas apariencias.

Tan maravillosas lontananzas apenas se presentaban ya á la vista de los expedicionarios. El sol aparecía y se ocultaba entre densos cortinajes de monótonos y pronunciados lineamientos.

Los experimentados ojos del marino eran los únicos que en los cuatro días precedentes podían apreciar los efectos de aquellos singulares cambios.

También el Océano exhibía caracteres distintos: su anterior fosforescencia parecía anularse por momentos; el hermoso color verde de sus ondas en el Ecuador tornábase más azulado y oscuro, según iban los expedicionarios ascendiendo hácia los mares del Sur.

La navegación verificábase entónces con mayor lentitud, no sólo porque el viento de tierra refrescaba constantemente levantando el oleaje, que cogía de traves á las embarcaciones, sino también porque parecía como que las aguas tornábanse cada vez más gruesas y compactas.

Casi todas las aves marinas, especialmente las gaviotas, habían desaparecido; sólo algunos petreles y fúlicas negras corrían sobre las olas persiguiendo á los pececillos de que se alimentan; los cachalotos hermigueaban, y alguna que otra *ballena franca* asomaba de tiempo en tiempo á la superficie del mar su oscuro lomo para despedir por sus espiráculos la inmensa cantidad de vapores que llenchian su cavidad torácica.

II.

El capitán Ballesta dispuso que los expedicionarios renovasen su provision de agua en las islas Aurora. A este fin regularon en la mayor de ellas las dos embarcaciones, y acto continuo dirigieronse á tierra en dos grandes chulupas los marineros encargados de hacer la aguada.

También D. Félix, el señor Pöey y *Maese Pedro* desembarcaron en la isla. Llevaba el primero la idea de subir á una peñascosa cumbre, que en el centro

de ella se elevaba, para contemplar desde allí el inmenso piélago del Océano Glacial que iba á recorrer; queria el segundo estudiar prácticamente la constitucion geológica de aquellos solitarios islotes, y en cuanto á *Maese Pedro* sólo pretendia corretear á su placer en tierra, y verlo y curiosearlo todo.

Extremadamente accidentado era el terreno de la

isla; violentas conmociones subterráneas habianle, al parecer, dislocado en todos sentidos.

No sin hartas fatigas consiguieron los dos amigos ascender á la cúspide de los enhiestos peñascos, que en forma de cono levantábanse en medio de la isla; el orangutan, gracias á su condicion de cuadrúpedo, logró subir ántes que ellos.



Su enorme cabeza ergulase por encima de la borda del bote....

Una vez en la cumbre el capitán, el doctor y *Maese Pedro*, llamó la atención de los tres un pequeño surtidor de agua que de entre unas rocas salía, y cuyos plateados hilos caían después, de peña en peña, en el lado opuesto á aquel por donde ellos habían escalado la escarpada mole.

Era tan transparente y cristalino el chorro de agua, que *Maese Pedro*, sin titubear un instante, corrió hacia ella dando saltos, y echóse al cuerpo una buena tragantada....

Pero apenas lo verificó arrojóla al suelo, gesticulando y haciendo los más ridiculos visajes. El capitán y el señor Poey, al contemplar sus extrañas con-

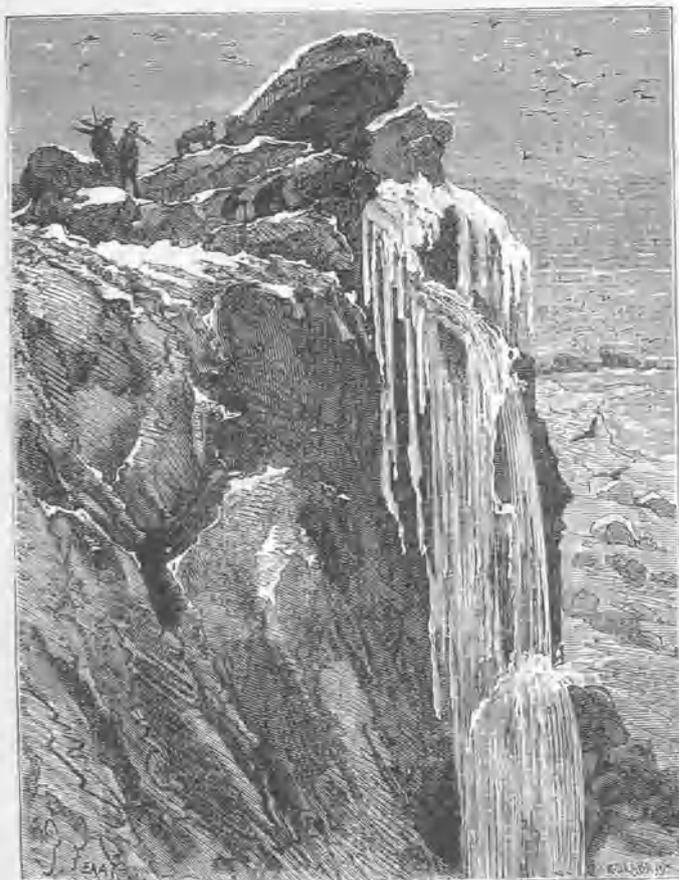
torsiones, prurupieron en estrepitosas carenjadas. El doctor mojó sus dedos en el agua y saboreóla un instante con visibles muestras de repugnancia.

—Es agua mineral — dijo — y su temperatura manifiéstase elevada sólo en algunos grados á la natural; probablemente en el interior de este sifon gigantesco, cuanto más en él se descienda, irá aumentándose gradualmente la temperatura de esta agua hasta llegar al máximum de la ebullicion. Su sabor es acido, nauseabundo; debe contener sodio, piróxido de manganesio y otras sustancias minerales....

— Ved, amigo mio — exclamó el capitán, que apenas escuchaba las deducciones del sabio; — ahí tenéis

enfrente de vos ese Océano austral que tantos misterios encierra. Vedle envuelto al S. en densas brumas, como si éstas quisieran ocultarle á indiscretas miradas. Al O., como á ciento ochenta millas, tenemos el archipiélago de las islas Falkland ó Malvinas; cien millas más allá, en la propia dirección, se encuentra la entrada del estrecho de Magallanes, que limitan al S. S. O. las costas de la Tierra del Fuego; y como

punto más avanzado al S. de las grandes tierras de América, tenemos al O. $\frac{1}{4}$ S. O. el renombrado cabo de Hornos. Delante de nosotros, casi en dirección recta al S., encontraremos á la distancia de noventa millas la Nueva Geografía, dejando por la banda de haber las pequeñas islas de Wallis. Siguiendo en lo posible el mismo meridiano, avistaremos, despues de navegar sesenta millas, la tierra de Sandwich.... y



Una vez en la cámara el capitán, el doctor y *Moses Pedro*...

más adelante, ¡siempre hacia el Sur! hallaremos las tierras del Shetland meridional, enclavadas en los límites de la zona glacial antártica....

— ¿Y despues? — preguntó el doctor estrechando la diestra de su amigo.

— Despues.... despues.... — balbuceó el capitán con expansivo énfasis — siguiendo siempre ¡siempre la dirección del Sur! encontraremos lo inconcebible, lo inesperado, lo maravilloso. ¡Bien lo sabéis!

— ¡Quién pudiera — repuso el sabio — prever lo que nos amenaza acaso por el Norte!

— ¡Ah! — exclamó dolorosamente el capitán Ba-

llestá. — ¡Con cuánta brusquedad me habeis despertado, doctor amigo, de mis halagadores ensueños!

III.

El día 3 de Octubre, despues que se hubieron llenado los aljibes del *Baltasar-Ballesta* y del *Algeciras* con el agua de un abundante manantial que entre guijos y peladas peñas salía á escasa altura del suelo, formando en éste, sobre un lecho de areniscas y partículas ferruginosas, un pequeño lago, la expedición, continuando su antiguo derrotero al S. S. O., navegaba con el mar picado en gran manera por un

recio brisote del O.; cubrían el cielo densas y opacas neblinas.

Ni tierra ni buque alguno apercibíase, á cuanto alcanzaba la vista, en los cuatro puntos cardinales.

Sin embargo, el capitán Ballesta, de pie en la toldilla de su buque, cerca del coronamiento de popa, interrogaba con ávidos ojos el horizonte, azaz limitado aquel día más que otros por la cerrazón y las espesas brumas que sobre él gravitaban.

También en la noble frente del capitán parecían acumularse en aquel momento tristes é importunas ideas. En el fruncimiento de sus cejas, en la tensión de las comisuras de sus labios, en la singular fosforescencia de sus miradas, advertíase que un pensamiento fijo, persistente, abrumador, avasallaba en su cerebro á los demás, y que él luchaba en vano por sustraerse á su casi supersticioso influjo.

En el honrado espíritu de este hombre existía, latente y tenaz, encarnizado combate, que, una por una, dislaceraba en él las más delicadas fibras del sentimiento.

Ó cejar en la empresa que había acometido, ó luchar por ella hasta perder la vida, aunque en su camino se interpusiese el hermano de su padre, el hombre que llevaba en las venas su misma sangre.

Este era el dilema: pavoroso y sombrío como pocos en verdad suelen serlo; no había, pues, solución posible fuera de los términos indicados.

¿Abandonaría sus propósitos, de los que tanta gloria y honor pensaba obtener, y que eran dulce recuerdo y legado de su honoradísimo padre?

¿Jamás! Estaban interesados en aquella empresa su propia dignidad, sus ensueños de alto renombre, su amor filial, y hasta cierto punto, su orgullo de raza. Érale, pues, preciso optar por el segundo extremo; hacer frente á todas las contrariedades, y si su mismo tío, el encarnizado perseguidor de su familia, le atajaba el paso, combatir con él hasta vencerle y pasar por encima de su cadáver.

Pero ¡ah! esta situación era terrible para el noble y recto espíritu del capitán Ballesta.

Poseía enérgico carácter y valor personal á toda prueba; y si su antagonista hubiese sido otro hombre, sin zozobra alguna desafiaria á su frente todos los peligros; pero el contrario con quien tenía que habérselas no atacaba jamás á la clara luz del día, sino en la sombra, con la traición, el engaño y la calumnia.

Por un crecido número de años aquel terrible enemigo, con odiosidad jamás satisfecha, había amargado la existencia de su anciano padre y de su paciente hermano.

Don Félix, que desde que vino al mundo fué blanco también del encono de su tío, ¿pondría término á aquella injusta serie de agresiones y asechanzas?

¿Quién sabe!

IV.

El señor Poesy, que depantía amigablemente en el alfiler con D. Raimundo, sacó su hermoso cronómetro de bolsillo para ver la hora: señalaban los números en la esfera las cuatro y veinticinco minutos de

la tarde, y en este preciso momento, cuando aún no había concluido el vivaracho doctor de meter la alfiler en el bolsillo de su chaleco, resonaron de súbita hacia proa voces y gritos de alarma, entre las que se apercibían distintamente estas frases:

—¡ El barco no gobierna! ¡ Está inútil el timón!
¡ Las cadenas se han roto!

Corrió D. Raimundo, que era á la sazón el oficial de cuarto, hacia la casilla del timonel para enterarse de lo que ocurría, y siguiólo de cerca, como era natural, el huero del señor Poesy, que siempre acudía solícito á donde sus talentos ó su persona podían servir de algo.

¿Qué había sucedido? Un hecho que sólo ocurre de tarde en tarde. Por debajo del puente, á babor y estribor, corren desde la casilla del timonel dos cadenas con las cuales se da juego al gobernalla y se le mantiene en la dirección deseada. Al romperse las dos ó una de las citadas cadenas, la embarcación queda á merced del oleaje, del viento y de las corrientes submarinas, causas todas que pueden hacerla zozobrar, si ocurre el accidente en circunstancias tales que dificulten su pronta reparación.

Por fortuna de los tripulantes de la goleta, el duro brisote del O. que había imperado toda la mañana amainó considerablemente al llegar la tarde; también el mar aboronzó su accidentada superficie, y á esta feliz coincidencia debió su salvación el buque.

Una sola cadena, la de babor, había faltado. Bizose parar la máquina, y Juan Pérez Calafate, el inseparable amigo del *maestro Pimentón*, sujeto de un calabrote, descolgóse por la popa para reconocer la avería. Tuvo ésta lugar por uno de los eslabones próximos al enganche del timón. Pero lo singular del caso fué que del último eslabón del trozo de cadena pendiente del gobernalla, velase retorcido en él y roto un grueso alambre.

No era, pues, un eslabón el que había faltado; pero ¿qué mano criminal le había sustituido con un trozo de alambre, para que, más ó menos pronto, ocurriese aquel siniestro, que pudo ser de lamentables consecuencias?

El estado del alambre indicaba que no hacía mucho tiempo que aquella acción punible se había realizado. Pero ¿de qué manera y por quién?

Lo primero se concebía fácilmente; respecto á lo segundo no fué posible averiguar cosa alguna.

Por lo demás, la avería subsanóse con gran rapidez en el corto espacio de unas horas, sin otra consecuencia que la consiguiente alarma á bordo, y que el buque derivase una milla y media al E. Á las ocho de la tarde empezó á funcionar de nuevo su máquina haciendo rumbo al S. S. E.

CAPÍTULO XIX.

MISTERIOSAS EMBARCACIONES.—LA NIÑERA Y EL ALBAJE.—EL ENEMIGO AL DESCUBIERTO.

I.

Llegó la noche del día á que hago referencia en el capítulo precedente, y como de costumbre, suspendióse á bordo de los buques expedicionarios la rap-

dez de su marcha, é ilumináronse las tinieblas que los rodeaban, con los aparatos eléctricos de Buisson.

En sentido contrario procedieron dos grandes embarcaciones que algunas millas del Norte de las antelichas navegaban; siguiendo, al parecer, la misma deriva.

No solamente aumentaron la fuerza de sus máquinas tan luego fué de noche, sino que, contraviniendo cuanto se preceptúa en los reglamentos marítimos, no se vio izar en ellos luz alguna.

Avanzaban, pues, como negros fantasmas sobre las procelosas aguas del Océano meridional. Las sombras de la noche y las espesas brumas que flotaban encima del mar daban á los contornos de aquellos buques un aspecto vago, indeterminado, casi fantasmagórico; serosajaban dos enormes cetáceos persiguiendo á alguna codiciada presa á través de las empujadas olas.

Expertos debían ser los marinos que gobernaban las referidas naves, cuando á toda máquina y sin las reglamentarias luces surcaban aquellos mares, que son tan poco frecuentados.

Pero más que pericia náutica inspirábales quizás una usada sin límites; puesto que se exponían á experimentar con aquel extraño proceder funestísimos contratiempos.

La noche era triste, oscura, casi pavorosa. Brillaban, recorriendo los anchurosos y multiplicados caminos de la bóveda celeste, innumerables estrellas, cuyos centelleos parecían agitarse á compás, como si fuesen notas mágicas del más sublime y maravilloso de los énfáticos. Ilucía la región austral despedida sus temblorosas luces la Cruz del Sur, guía del navegante en el hemisferio meridional.

Aparte de lo esplendoroso del cielo, la noche, como llevo dicho, manifestábase opaca y sombría.... Al pa que va internándose el viajero en las altas latitudes hiperbóreas, más monótono, triste y amenazador se presenta á sus ojos el espectáculo de la Naturaleza.

Tres horas navegaron en las condiciones referidas aquellas misteriosas naves; su andar debía exceder de quince millas; pero de repente, cuando hubo transcurrido apenas aquel espacio de tiempo, aminóronse en ellas algun tanto la presión del vapor, porque su marcha continuó siendo más lenta.

¿Qué motivaba esta evolución? Tener á la vista, á cosa de dos millas de distancia, las luces eléctricas de los buques expedicionarios.

Como sigue la sombra al cuerpo, así el *Baltasar Ballesta* y el *Algeciras* fueron seguidos por los otros barcos, los cuales, casi con precisión matemática, mantuviéronse desde entonces á la distancia que les separaba de aquéllos.

No podían los hombres de la expedición apercibir entre las brumas y la oscuridad de la noche á sus sigilosos acompañantes; éstos, en cambio, gracias á los focos de luz que les servían de norte, dábanse cuenta exacta de cuantos movimientos ejecutaban los que parecían precederles en aquel viaje á las regiones del polo austral.

Así transcurrió gran parte de la noche, profusa de

lóbregos para todos, y quizás de propósitos siniestros sustentados por los tripulantes de las desconocidas embarcaciones. Empero, como dos horas ántes de que amaneciera cesaron de voltear los hélices en ambos y se los vio aguantarse sobre las máquinas....

Esta nueva maniobra tenía por objeto retrasarse de tal manera en su marcha, que no pudiesen los expedicionarios apercibirse de su presencia cuando las luces del próximo día iluminasen el dilatado horizonte y la accidentada superficie del mar.

En efecto, bien distantes estaban de pensar las tripulaciones de la capitana y del *Algeciras*, que en la noche precedente se les había vigilado tan de cerca. En balde el jefe de la expedición interrogó con sus gemelos de marino, en las primeras horas de la mañana, como tenía de costumbre, la línea del horizonte visual, comprendida en los 180 grados que median desde el E. al N. y al O.; ninguna embarcación se encontraba al alcance de su escrutadora mirada. Las misteriosas naves habían desaparecido.

Pero si el capitán Ballesta no observaba materialmente la persecución de que era objeto, vejala, sin embargo, en su espíritu con deslumbradoras señales; adivinábala á través de la distancia y el tiempo; presentíala en su conciencia, porque los antecedentes del pasado denuncian los hechos del porvenir.

II.

En la noche del 4 al 5 de Octubre mostrábase el tiempo rodeado de alarmantes augurios.

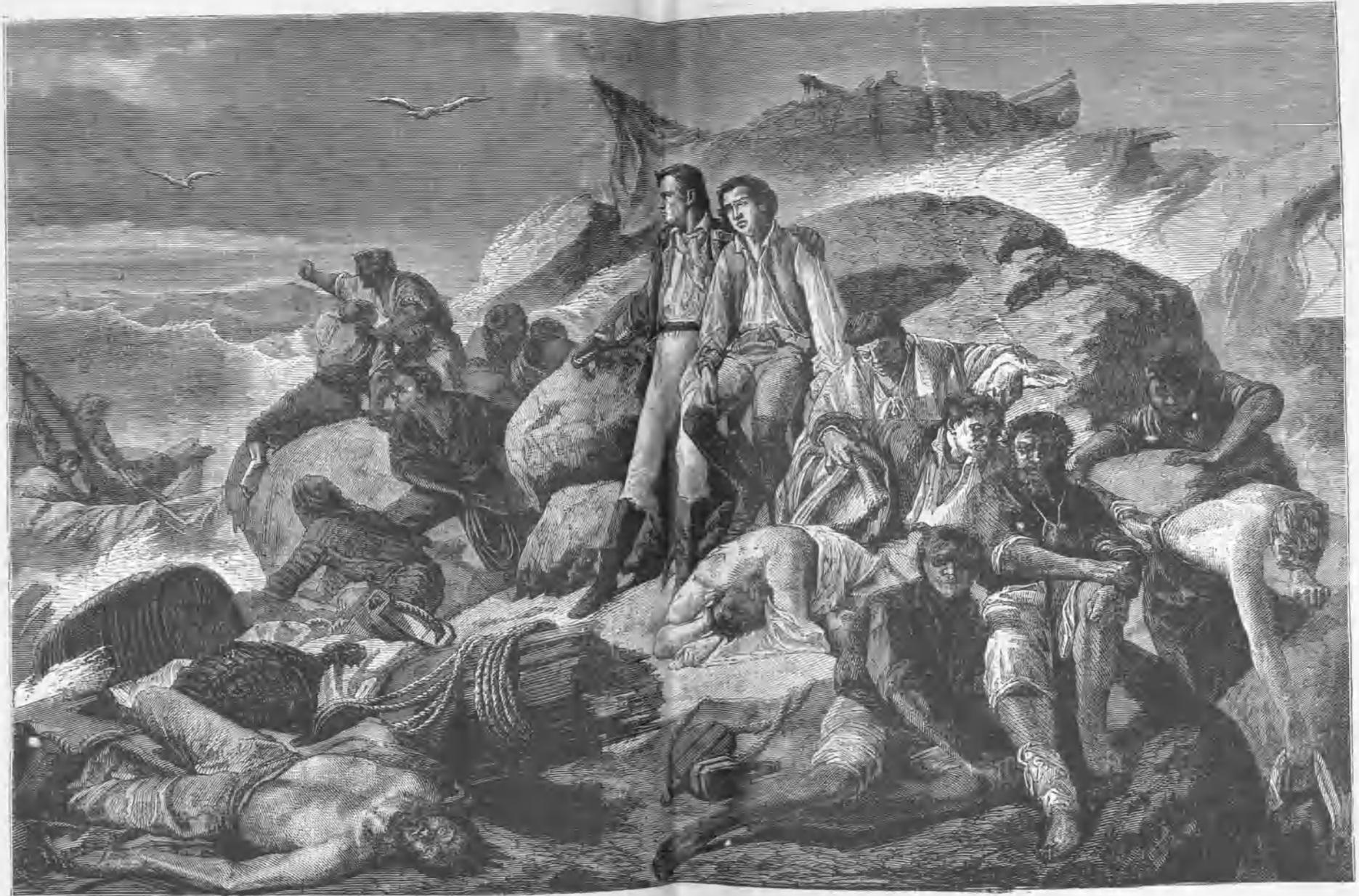
Fuerte virazon del O. N. O. levantaba desigual y espumoso oleaje, que cogiendo por la banda de estribor á los buques expedicionarios, dificultaba su marcha; el mar y el viento, combatiéndoles de través, les sacaban á cada instante de rumbo, y eran indispensables toda la fuerza de las máquinas y la pericia de los oficiales para conservar la dirección al S. S. O.

Densísimas nubes encapotaban el cielo en todas direcciones, velaban al plácido fulgor de las estrellas y saturaban el ambiente de efluvios acuosos y de penetrante frialdad.

Aplastando las iritadas ondas, una niebla opaca, brumosa, envolvía todos los objetos, dándoles apariencias y dimensiones inverosímiles. En vano su masa considerable pretendía dominar el desatentado movimiento de las aguas; éstas, al sentir la presión de su impalpable densidad, erguíanse entonces con arrogantes bríos y las rompían y desgarraban en multitud de partes.

Pero apenas pasaba la bruma acometida, la niebla recobraba su anterior homogeneidad, y volvía á oprimir y á placentar las olas con su inmensa pesadumbre.

El tiempo, entre tanto, trascurría balanceándose en su eterno movimiento, y los dos antagonistas, mar y niebla, continuaban luchando con titánico esfuerzo sin flaquear ni darse por vencida ninguno de los dos; ántes bien parecía como que la densa brumazon robaba al Océano sus alientos, porque extraña de sus fosforescentes espumas elementos afines que



LOS NAÚFRAGOS DE TRAFALGAR.
(DIBUJO DEL SE. SAENZ.)

aumentaban por instantes su volumen y su gravedad específica.

Los aparatos eléctricos de la capitana y del bergantín-goleta eran impotentes para penetrar la espesa bruma que los rodeaba; sus rayos luminosos pretendían en vano abrirse camino por en medio de aquella opacidad; sólo en un pequeño radio conseguía destruirla. Pero si no la perforaba en todo el diámetro de su luz, comunicábale, sin embargo, cierta claridad difusa, reflejada, que llenaba una grande extensión y que revestía á lo lejos las apariencias de una de tantas nebulosas como se perciben con el telescopio en los espacios estelares.

Los puentes de las embarcaciones, así como los toldos y las jarcias, estaban impregnados del agua que depositaba en ellos la niebla. También, á pesar del gran cuidado de los timoneles, embarcábanse á bordo de vez en cuando algunas oleadas, que pronto por los imbornales volvían á unirse á su comun depósito.

El contramaestre *Borrasca*, que de algun tiempo atrás, contra su proverbial costumbre, habia prescindido del traje impermeable, vióse compelido en aquella tempestuosa noche á echar mano de él; y no estaban ciertamente de más el sudaste de hule, el cogomado capote y las altas botas de triple suela, para preservarse del agua, que todo lo invadía.

III.

Como en la noche precedente, avanzaron sobre los buques del capitán Ballesta los desconocidos vapores de que he hecho mencion anteriormente.

Ni el temporal ni la densa bruma que todo lo envolvía con sus opacidades les hicieron desistir de aquel propósito. Aproximáronse á ellos más que en el día anterior; permitiéndoles en verdad la niebla, que ocultaba perfectamente sus evoluciones....

¿Qué objeto podrian tener éstas?

Fácil cosa parecia para aquellos misteriosos barcos dar á sus máquinas el máximo de presión de que eran susceptibles, y favorecidos por la oscuridad, embestir á todo vapor, por la popa ó de traves, á las naves perseguidas....

Pero esto ¿no constituiría en realidad una abominable acción, un crimen premeditado? Hay que reconocerlo así; mas ocurren con tanta frecuencia en el mar sucesos de esta especie, debidos por lo común á pequeñas causas, tales como el olvido de encender una luz reglamentaria, interpretar torpemente una maniobra, y ser muy confiado ó poco vigilante el oficial de cuarto, que en pecos de ellos puede precisarse que haya habido intencion deliberada ó oculta en la realizacion del siniestro.

No quiere esto decir, lector amigo, que yo suponga que en las embarcaciones á que me contraigo navegaban hombres capaces de albergar tan indignos propósitos ó ideas. Seria por demas aventurado á priori este juicio; si bien las singulares maniobras de los dos buques despertaban en el ánimo vehementes sospechas....

Repito que desconozco las intenciones que *in pecto* llevan las gentes que van á bordo; pero, como suele decirse, huelgan toda clase de suposiciones, porque los futuros acontecimientos demostrarán lo que haya de verdadero ó falso en el asunto.

Gran parte de la noche, las inquisitivas miradas de aquellos hombres signieron á bullo la marcha y los movimientos de la expedicion. Verdaderamente que aquel espionaje no podia en rigor presagiar nada bueno.

En las altas horas de la madrugada, el fuerte viento que hasta allí habia soplado, empezó á amainar poco á poco, fué cediendo tambien de su anterior ímpetu, y la brumazon perdía por instantes su densidad y su volumen; tambien las apiñadas nubes, que como fúnebre sudario encapotalaban el cielo, tendían á romperse y desgarrarse; por sus desgarrados núcleos filtrábase la temblorosa luz de las estrellas....

Este cambio de los elementos continuó su curso natural; y cuando aparecieron al E. las primeras vultumbres de la alborada, todo, relativamente, apareció tranquilo; el día, pues, se presentaba bajo mejores auspicios que los de la pasada noche.

Felicitábanse por ello los expedicionarios; pero bien pronto cundió entre ellos la alarma y la sorpresa, porque apenas la luz del día permitió definir los objetos, apercibiéronse que á la distancia de una milla, al O. de sus buques, navegaban, siguiendo al parecer su mismo rumbo, dos grandes embarcaciones de vapor....

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

Terminando en este número la novela del capitán *Mayne-Reid*, *LA REINA DE LOS LAGOS*, en el próximo empezará la publicacion de la preciosa novela *EL TIGRE BLANCO*, original de *Luis Bunsenward*, uno de los escritores más en boga hoy dia en Francia.

Tanto la novela, que es muy interesante, como los grabados que la ilustran, creemos han de ser del agrado de nuestros lectores.

LOS NAUFRAGOS DE TRAFALGAR.

Creemos que nuestros favorecedores admirarán la excelente copia que, en grabado, les ofrecemos hoy del cuadro el *Combate de Trafalgar*, debido al entendido pincel del señor Sanz.

Asimismo verán con agrado algunos curiosos detalles, poco conocidos en España, referentes á aquella memorable acción, según se expresan á continuación.

Inmensa descalabro experimentó España en la derrota de Trafalgar. En ella perecieron, con honra ciertamente, nuestros mejores buques, nuestros más expertos y valientes marinos; pero si en esta jornada, tan gloriosa para el honor nacional, obtuvieron los ingleses la victoria, no fué sin terribles daños de su parte.

Componíase su escuadra de 33 navíos, 13 fragatas, 5 bergantines y 2 balandras. Estos buques hallábase distribuidos en cinco divisiones.

Primera división, navío *Victoria*, de 100 cañones; en él llevaba su insignia el almirante inglés Horacio Nelson. Este buque quedó completamente desarbolado en el combate; remolcado después por una fragata, se fué á pique delante de Gibraltar el día 22 de Octubre de 1805. Nelson recibió dos heridas, y habiéndole, á causa de ellas, amputado el brazo, murió siete horas más tarde, cuando ya estaba terminada su acción. Perdiéron la vida en este navío 2 comandantes, el mayor general Vignagósk y 11 oficiales; hubo además 7 oficiales heridos, 590 individuos de la tripulación muertos, 96 ahogados y 209 heridos.

Britannia, de 100 cañones. Fué desarbolado y echado á pique por el navío español *Real Trinidad*; murieron en él 7 oficiales y quedaron heridos 12; de la clase de tropa y marinería perecieron, entre muertos en el combate y ahogados, 200, y quedaron heridos 132.

Príncipe de Gálex, de 98 cañones. La *Real Trinidad* le echó á pique en lo más recio de la acción. Murieron 2 comandantes, 15 oficiales y 513 marineros; fueron heridos 5 oficiales y 272 marineros; ahogáronse además 98 hombres.

Dreadnought, de 98 cañones. Entró en Gibraltar el día 24, remolcado por una fragata de 40 cañones, y quedó desechado por inútil á causa de tener 79 balazos á flor de agua. Perecieron en la acción un comandante, 5 oficiales y 128 hombres de la tripulación; fueron heridos 11 oficiales y 123 marineros.

Pemwelo, de 98 cañones. Entró en Gibraltar el día 22, remolcado por una fragata de 40 cañones, y fué declarado inútil por haberse desfondado las obras vivas, añejado los puntales y curvas, y no poder admitir carena. Tuvo 2 comandantes, 3 oficiales y 112 tripulantes muertos; los heridos ascendieron á 7 oficiales y 253 marineros.

Nepólis, de 98 cañones. Fué desarbolado y echado á pique por el navío *Algeciras*. Perdió en el combate 2 comandantes, 7 oficiales y 193 hombres de la tripulación; perecieron ahogados 122, y fueron heridos 5 oficiales y 259 marineros.

Príncipe, de 98 cañones. Echósele á pique en la acción los navíos *Argemontá*, español, y *Águila*, francés. Contó 5 oficiales muertos, y de la clase de tropa y marinería 125 muertos y 121 ahogados; quedaron heridos 2 oficiales y 321 tripulantes.

Segunda división, al mando del general Collingwood:

Navío *Reina*, de 98 cañones. Entró en Gibraltar el día 27, desarbolado; condújole á remolque una fragata, y se le dio de baja por estar inútil completamente. Murieron en él un comandante, 3 oficiales y 95 marineros; fueron heridos 5 oficiales y 102 tripulantes.

Cinques, de 80 cañones. El día 25 llegó á las aguas de Gibraltar con grandes averías; fué desechado por inservible. Perecieron en el combate un comandante, 2 oficiales y 45 marineros; quedaron heridos 6 oficiales y 93 hombres de la tripulación.

Donnegal, de 80 cañones. Le desarboló el temporal en la costa de Berbería; remolcado después entró en Gibraltar. Este buque quedó en estado de reparación. Tuvo 3 oficiales y 124 hombres muertos; los heridos ascendieron á 5 oficiales y 93 marineros.

Tigre, de 80 cañones. Llegó á Gibraltar el día 23, desarbolado del palo mayor y del de mesana; quedó sujeto á recomposicion. Murieron en él 5 oficiales y 98 hombres; quedaron heridos 4 oficiales y 102 marineros.

Tonante, de 80 cañones. Entró en la bahía de Gibraltar desarbolado del mastelero de velacho; este buque padeció poco. Tuvo, sin embargo, 3 oficiales y 41 tripulantes muertos, y un oficial y 98 hombres heridos.

Spencer, de 80 cañones. Llevado á Gibraltar medio sumergido por una fragata de 22 cañones, se fué á pique dentro de la bahía. Perdiéron en él la vida un comandante, 5 oficiales y 192 marineros; ahogáronse además 41, y fueron heridos 3 oficiales y 153 tripulantes.

Spartiate, de 74 cañones. Remolcado por una fragata, se fué á pique en la noche del 21. Perdió 2 comandantes, 5 oficiales y 98 marineros; perecieron ahogados 244 hombres, y fueron heridos 3 oficiales y 104 marineros.

Tercera división, al mando del vicealmirante Calder:

Navío *Defensa*, de 74 cañones. Fué incendiado, y perecieron 2 comandantes, 17 oficiales y 700 hombres.

Sicifrusc, de 74 cañones. Quedó desarbolado, y fué remolcado después hasta Gibraltar; se le dió por útil. Tuvo 2 oficiales muertos y un herido; de la tripulación, 52 muertos y 93 heridos.

Leviathan, de 74 cañones. Entró en Gibraltar desarbolado de los masteleros de gavia y de triquetete, pero fué declarado útil. Quedaron 2 oficiales muertos y 3 heridos; de la clase de marinería tuvo 78 muertos y 33 heridos.

Colopus, de 74 cañones. Remolcóse hasta Gibraltar una fragata, y fué declarado inútil. Tuvo 3 comandantes, 4 oficiales y 122 hombres de la tripulación muertos; á 3 oficiales y 100 marineros ascendieron los heridos.

Carnat, de 74 cañones. No entró en combate porque se sotaventó.

Aboukir, de 74 cañones. Sucedióle lo mismo que al anterior. Se quedó en Gibraltar, y después salió á cruzar delante de Cádiz.

Marte, de 74 cañones. Entró en Gibraltar en buen estado. Tuvo un oficial y 2 marineros muertos, y 2 oficiales y 92 hombres heridos. También fué á cruzar á la vista de Cádiz.

Belerophonte, de 74 cañones. Llegó á la bahía de Gibraltar en buen estado, aunque desarbolado del mástelo de mesana. Contó 2 oficiales y 43 tripulantes muertos, y un oficial y 59 hombres heridos. Volvió á cruzar delante de Cádiz.

Cuarta división, que salió en la tarde del 21 á socorrer á las otras, y entró en combate á las órdenes del contraalmirante Louis :

Ligero, de 80 cañones. Entró el día 22, remolcado por una fragata, y fué declarado inservible. Tuvo 2 comandantes, 3 oficiales y 112 marineros muertos; quedaron heridos, levemente, el contraalmirante y 5 oficiales y 92 individuos de la tripulación.

Atrevido, de 74 cañones. Entró en buen estado en Gibraltar y volvió al crucero delante de Cádiz. Contó muertos 2 oficiales y 18 marineros, y heridos un oficial y 42 hombres.

Aguila, de 74 cañones. No entró en acción, y se mantuvo á la vista de Cádiz.

Poliphemo, de 74 cañones. Entró en Gibraltar sin afección de consideración, y después continuó su crucero. Perdió un comandante, un oficial y 28 marineros; tuvo heridos 3 oficiales y 45 hombres.

Quinta división, que se incorporó al resto de la escuadra en la mañana del 22, y marino parte de ella, que llevaba su derrota á la isla de Malta, conyovandoy diferentes buques:

Soberano, de 110 cañones. No entró en combate, porque dió contra la roca de Conil, en donde naufragó sin salvarse nadie ni nada, ni aun el dinero que llevaba á bordo. Pericieron 3 comandantes, 12 oficiales y 400 hombres de tripulación.

Redempcion, de 74 cañones. No entró en acción, y se mantuvo á la vista de Cádiz.

Duque de York, de 74 cañones. Tampoco entró en combate; marino buques contrarios, y los dejó después á causa del temporal que sobrevino; á pesar de esto mantúvose cruzando delante de Cádiz.

Lo que precede expuesto arroja los siguientes datos:

La escuadra inglesa se componia de 33 buques de alto bordo, de los cuales fueron dados de baja 30; esta cifra se descompone en

Navios á pique.	7
Naufragados.	3
Quemados.	1
Completamente inútiles.	8
Que admitieron reparaciones.	11
Que no entraron en combate.	3

Los hombres dados de baja ascendieron á 9,855; esta considerable suma arroja, descompuesta, el siguiente pormenor :

El almirante Nelson, jefe de la escuadra, muerto.
El contraalmirante de la cuarta división, herido,
43 jefes superiores, muertos.
126 oficiales muertos.
97 oficiales heridos.
6,644 hombres de tropa y marinería muertos.
2,943 de las mismas clases heridos.

Las anteriores cifras revelan que nuestra escuadra peló con bravura, y que si sucumbió fué honrada y gloriosamente.

J. MORENO FUENTES.

ROMERO ORTIZ.

Tiene razon el celebrado escritor Fernandez Bremon, ante la tumba de Romero Ortiz : « la imaginación, en vez de engolfarse en reflexiones mortuorias, sólo se preocupa de ideas gratas; asociando todos los recuerdos del fiado á aquella gran festividad conmemoratoria del *Centenario de Calderon*, que dirigió y llevó á término feliz, venciendo todas las resistencias que la novedad ofrece al que trata de imponerla, toda la frialdad de las corporaciones incrédulas, y todas las burlas con que en España abruman al que trabaja los que miran cruzándose de brazos. »

Tiene razon, lo repetimos, Fernandez Bremon; el que estas líneas escribe contribuyó en cuanto pudo, en su modesta esfera, para la celebración del tan renombrado Centenario; puede, pues, como Bremon, hablar de los trabajos del Presidente de la Comisión del Centenario.

En este país clásico de la indiferencia, el llevar á cabo empresas como la de que nos ocupamos representa una suma de inteligencia, instruccion y laboriosidad que se encuentra en pocos hombres, y que reunia Romero Ortiz. Creia, contra la opinion de una gran parte de los españoles, que si otros países pueden realizar empresas maravillosas, España puede llevar á cabo empresas más grandes, si los españoles piensan lo mismo durante un cierto espacio de tiempo.

No vamos á hacer una biografía del tan celebrado Romero Ortiz, ni el espacio ni la índole de nuestro periódico nos lo permiten; sólo diremos que nació en Santiago, en 1822. Se afilió desde jóven al partido liberal, por lo que sufrió bastantes privaciones; en los años posteriores á la revolucion de 1868 ocupó puestos importantes, entre ellos el de Ministro de Gracia y Justicia. El puesto último que ha ocupado ha sido el de Gobernador del Banco de España.

Leja á la posteridad un nombre esclarecido; y fué un hombre que á pesar de las ocupaciones que le proporcionaban los distintos cargos que desempeñaba, tuvo tiempo para formar de su casa un verdadero museo, magnífica coleccion de valiosas curiosidades.

Romero Ortiz ha fallecido el 18 de Enero actual; su entierro ha sido una verdadera manifestacion del cariño que le profesaban el sinnúmero de amigos que le acompañaron hasta su última morada.

Pasará el tiempo, que todo lo borra, pero siempre aparecerá brillante y resplandeciente el recuerdo de Romero Ortiz, cuando en este desdichado país se lleve á cabo alguna gran manifestacion de lo que

la patria de Cervántes puede hacer cuando quiere. En la larga vida de Romero Ortiz hay dos cosas que nunca se olvidarán : el *Centenario de Calderón*, que gracias á él se verificó, y su constante anhelo de



Antonio Romero Ortiz

unir por vínculos de verdadera amistad dos naciones hermanas, Portugal y España.

Descanse en paz tan preclaro hombre, y ojalá su memoria anime á muchos á no cejar en todo proyecto que conduzca al progreso y adelanto de España.

Méjica.

EL SANTERO.

TIPO SORIANO.

Los días de mercado, cuando llena las plazas y calles de la ciudad de Soria la animada multitud de labriegos que de todos los pueblos de los alrededores



EL SANTERO.

acuden á cambiar sus productos entre sí, uno de los tipos más curiosos que pueden observarse es el del santero de la ermita de San Saturno, que, vestido de un sayal oscuro, calada la puntiaguada capucha, y con unas inmensas alforjas al hombro, según se ve en el grabado que hoy publicamos, da á besar con la mano izquierda la estampa del Santo, mientras alarga la derecha para recoger las ofrendas de los devotos.

Los muchachos se pelean por ver cuál será el primero en besar la devota imagen; los vendedores se apresuran á echar en la alforja, éste una berza, aquél un pan, el otro un puñado de judías, los labriegos se descubren y contribuyen, en la medida que sus fuerzas lo permiten, á mantener el culto del santo patrono y las necesidades del guardián de la ermita.

Hecha la recolección, el santero desaparece de la ciudad, y vuelve á encamarse á su nido, colocado en la punta de las peñas en que se eleva el santuario, y semejante al que cuelgan las águilas al borde de los abisnos.

EL OBSERVATORIO DEL SR. PALMIERI

EN EL VESUBIO.

El grabado adjunto representa el Observatorio del sabio y valeroso italiano, Sr. Palmieri. El monumento está situado en la cúspide de un largo y estrecho promontorio de rocas en el monte Contaroni, en la proximidad del cono volcánico actual. Se encuentra protegido por su posición elevada, y cuando la erupción de 1872, se pudo ver desde las ventanas del Observatorio los torrentes de lavas vomitados por el volcán, dividirse en dos corrientes de fuego, que produjeron acá y acullá importantes perturbaciones.

La vista de que se goza en lo alto de la torre que domina el Observatorio está llena de una grandeza extraña. Se está en el centro de un verdadero mar de lava. Se tiene ante los ojos un como desierto, cubierto de cenizas, humeando silenciosamente, con intervalos de sordos rugidos ó de oscilaciones del suelo. Entre los resultados más curiosos obtenidos por el sabio profesor Palmieri, mencionaremos la coincidencia notable que ha creído notar entre la luna llena y el máximo de intensidad del movimiento volcánico.

El citado Observatorio fué construído en 1844, y todos los años el Sr. Palmieri recibe del Gobierno italiano una suma considerable para continuar sus notables observaciones.

EL CIRCULO VICIOSO.

Estéban, mi peluquero,
Que es original sin copia,
No teniendo casa propia,
Tiene que tener casero.

Y en los tiempos infelices
A que han los hombres llegado,
Tenemos todos montados
El casero en las narices.

No conozca un inquilino
A quien de su casa el dueño
No venga á turbar su sueño
Cual otra sombra de Niño.

Tener casa y tener coche
Son dos deseos que llevan
A mi peluquero Estéban
A trabajar día y noche.

Trabajando como diez,
Y á fuerza de economía,
Espera poder un día
Ser el casero á su vez.

Y en efecto; bien ó mal,
Rapando, descañomando,
Pelo y más pelo rizando,
Logra juntar un caudal.

Y no pudiendo dar tregua
Al logro de su deseo,
Compra, aunque de lance y feo,
Un tilburí con su yegua.

Y ve un solar que le gusta
En una calle del centro,
Y va del dueño al encuentro,
Y en un santiamén lo ajusta.

Mas, como es tan majadero,
En la compra del solar,
Aun ántes de edificar,
Gasta el último dinero.

La yegua, de buena alzada
Era, y de color de perla,
Pero tuvo que venderla
Para comprarla cebada.

Y ya sin yegua á quien dar
La cebada, la vendió
Para, con lo que sacó,
La yegua otra vez comprar.

Y así se está haciendo el oso
Estéban desventurado,
Perpétuamente encerrado
En un círculo vicioso.

El más topo ve á la legua
Que no ha de adelantar nada:
O la yegua sin cebada,
O la cebada sin yegua.

Y con el solar ¿qué pasa?
¿Qué hace Estéban del solar?
Lo tiene que enajenar
Para levantar la casa.

Mas como sin aquél, ésta
Ha de quedarse en proyecto,
Y lo enajena, en efecto,
Por menos de lo que cuesta.

La ha de comprar nuevamente,
Lo vuelve luego á vender,
Y lo vuelve á poseer,
Y así sucesivamente.

Y como en estos manejos,
Que debieran darle grima,
Va pagando alguna prima,
Porque da con perros viejos.

Sus fondos sufren gran baja,
Y emigran las amarillas,
Fruto de sus tenacillas,
Sus tijeras y navaja.

¡Pobre peluquero mío!
Se encierra en círculo estrecho,
Y al romperlo en su despecho,
Ya tiene el bolso vacío.

Y hasta entónces no conoce
Que está pobre, cual le veis,
Porque quiso hacer con seis
Lo que requería diez.

Tal fué su error. Sin embargo,
Si, como un gobierno, hubiera
Sobre un tributo cualquiera
Padido hacer un recargo.

Veríais que, aunque estrepanda
Hoy os parezca su maña,
Es la que gasta en España,
Cualquier ministro de Hacienda.

ANTONIO RISÓ Y FONTSERÉ.



OBSERVATORIO DEL SR. PALMIERI.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Es el rafon cogido por el raba, el ladran por cuatro soldados y un cabo.

CHARADA.

Torque se una tres, dos prima,
 Más que una dos una dos,
 Y como en su una una tercera,
 Le dije ayer: una primera,
 Le todo más redondeado
 Y le más tres más cuarta,
 Porque tor á la dos tres,
 Que de todos se cubren.

P. P.

La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Los Naufragos de Trafalgar, cuadro de Sanz.—Retrato de Romero Ortiz.—El Santero.—Observatorio del Sr. Palmieri.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.
 TEXTO.—Koratsou el Tesorero, por Julio Verne.—La Reina de los Lagos, Magne-Rold (60).—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Morino Fuentes.—Advertencia.—Los Naufragos de Trafalgar, por D. José Mariano Puga.—Romero Ortiz, por Mejía.—El observatorio del Sr. Palmieri.—El cirujano viésico, por Ribot y Fontseré.—Solución al jeroglífico.—Charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los sucesores de Rivadeneyra.
 IMPRESORES DE LA REAL CASA.